



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

Cinco minutos despues, el patio del paradero de Rissar estaba vacío. Cada uno de sus huéspedes habia vuelto á su cuarto para pasar la noche. Pero Van Mitten iba á ser custodiado por su terrible cuñado, y el silencio se extendió sobre el teatro de aquella trágica comedia que acababa de desenvolverse sobre la espalda del infortunado holandés.

IX.

EN EL CUAL VAN MITTEN, DESPOSÁNDOSE CON LA NOBLE SARABOUL, TIENE EL HONOR DE SER CUÑADO DEL SEÑOR YANAR.

Una ciudad que data del año 4790, que debe su fundación á los habitantes de una colonia milésia, que fué conquistada por Mitridates, que cayó en poder de Pompeyo, que sufrió la dominación de los persas y los scitas, que fué cristiana bajo Constanti-

no el Grande y llegó á ser pagana hasta el siglo sexto, que fué rescatada por Belisario y enriquecida por Justiniano, que perteneció á los Comménes, de los que decia Napoleon I que descendía; despues al sultán Mahomet II, hácia mediados del siglo quince, época en la cual terminó el Imperio de Trebisonda despues de una duración de doscientos cincuenta y seis años, esta ciudad, necesario es convenir en ello, tiene algun derecho á figurar en la historia del mundo. Por lo tanto, no se extrañará que durante toda la primera parte de este viaje Van Mitten se regocijase al pensar visitar una ciudad tan famosa, á la que las novelas caballerescas han escogido, por otra parte, como lugar de sus maravillosas aventuras.

Pero cuando esto pensaba, Van Mitten estaba libre de todo cuidado. Entónces no tenía más que seguir á su amigo Keraban por aquel itinerario que rodeaba

el antiguo Puente-Egino. Y sin embargo, desposado (por lo ménos provisionalmente tal vez algunos días), pero desposado con aquella noble kurda á quien estaba enlazado, no tenía humor para poder apreciar los esplendores históricos de Trebisonda.

El 17 de Setiembre, hacía las nueve de la mañana, dos horas después de haber abandonado el paradero

de Bissar, fué cuando el señor Keraban y sus compañeros, el señor Yunar, su hermana y sus sirvientes hicieron una soberbia entrada en la capital del pachalik moderno, situada en medio de un campo alpino, con valles, montañas, corrientes caprichosas de agua; paisaje que recuerda algunos aspectos de la Europa Central: dirjase que pedazos de la Suiza y



Trebisonda.—El viejo castillo de mar.

del Tírol habían sido trasportados á aquella porcion del litoral del mar Negro.

Trebisonda, situada á trescientos venticinco kilómetros de Erzeroum, importante capital de la Armenia, está, sin embargo, en comunicacion directa con Persia por medio de un camino que el Gobierno turco ha abierto por Gumach-Kané, Baibourt y Erzeroum, lo que le devolverá, tal vez, algo de su antiguo valor comercial.

Esta ciudad está dividida en dos, dispuestas en anfiteatro sobre una colina. Una, la ciudad turca, rodeada de murallas flanqueadas de torreones, ántes defendida por su viejo castillo de mar, no comprende más que una cuarentena de mezquitas, cuyos

minaretes emergen espesuras de naranjos, olivos y otros árboles de un aspecto encantador. La otra es la ciudad cristiana, más comerciante, en donde se encuentra el gran bazar, ricamente surtido de alfombras, telas, alhajas, armas, monedas antiguas, piedras preciosas, etc. Tocante al puerto, está servido por una linea semanal de barcos de vapor que le ponen en comunicacion directa con los principales puntos del mar Negro.

En esta ciudad se agita ó vegeta (siguiendo los diversos elementos de que se compone) una poblacion de cuarenta mil habitantes: turcos, persas, cristianos del rito armenio y latino, griegos ortodoxos, kurdos y europeos. Pero este día esta poblacion se

hallaba más que quintuplicada por el concurso de los fieles venidos de todos los rincones del Asia Menor para asistir á las fiestas soberbias que iban á celebrarse en honor de Mahoma.

Per esta causa la pequeña caravana tuvo alguna dificultad en hallar un alojamiento conveniente para las veinticuatro horas que debían pasar en Trebison-

da, porque la intencion del señor Keraban era partir á la mañana siguiente para Scutari. Y, en efecto, no habia que perder un dia, si querian llegar ántes de fin de mes.

En un hotel franco-italiano, en medio de un verdadero barrio de posadas, cabañas, ya llenas de viajeros, cerca de la plaza de Giapur-Meidan, en la



Un hammal acababa de indicar á Ahmet la oficina del telégrafo

parte más comercial de la ciudad, y por consecuencia fuera de la ciudad turca, fué donde el señor Keraban y los que le acompañaban encontraron alojamiento. Pero el hotel era bastante confortable para que pudiesen tomar aquel día y aquella noche el reposo de que tenían necesidad. Así es que el tío de Ahmet no tuvo el menor motivo para encolerizarse con el hotelero.

Pero mientras el señor Keraban y sus compañeros, llegando á aquel punto de su viaje, creían haber termina lo (si no con las fatigas, por lo ménos con los peligros de toda especie), un complot se tramaba contra ellos en la ciudad turca, en la que residía su más mortal enemigo.

En el palacio del señor Saffar, levantado sobre los primeros contrafuertes de la montaña de Bostepeh, cuyas pendientes bajaban dulcemente hácia el mar, era en donde una hora ántes habia llegado el intendente Scarpante, después de haber abandonado el paradero de Rissar.

Allí, el señor Saffar y el capitán Yarhud le aguardaban; allí, primeramente, Scarpante les participó lo sucedido en la noche precedente: contó como Keraban y Ahmet se habian salvado de un aprisionamiento, que hubiese dejado á Anusia sin defensa, y salvados por la estúpida confesion de aquel Van Mito: en esta conferencia de tres hombres que tenían un interés único, fueron expuestas las resoluciones

que amenazaban directamente á los viajeros, en aquel trayecto de doscientos veinticinco leguas entre Scutari y Trebisonda. El proyecto que tenían más adelante se hará conocer; pero puede decirse que hubo aquel mismo día un condonno de ejecución; en efecto, el señor Saffar y Yarahud, sin inquietarse por las fiestas que iban á celebrarse, abandonaron á Trebisonda y siguieron por el Oeste el camino de la Anatolia que conduce á la desembocadura del Bósforo.

Scarpante se quedó en la ciudad. No siendo conocido ni del señor Keraban, ni de Ahmet, ni de las dos jóvenes, podría obrar con toda libertad. Á él le tocaba desempeñar en aquel drama el importante papel que debía en adelante sustituir la fuerza á la astucia.

Scarpante pudo mezclarse entre la multitud y pasar el tiempo por la plaza de Giaour-Meidan. No hacía esto por temor á que le reconociesen el señor Keraban y su sobrino, por haberles dirigido la palabra un instante, y en la oscuridad, en el paradero de Rissar. Así es que le fué fácil espiar sus pasos y sus diligencias con toda seguridad.

En estas condiciones fué cuando vió á Ahmet, poco tiempo después de su llegada á Trebisonda, dirigiéndose hacia el puerto, á través de sus calles, bastante miserablemente cuidadas, que á él afluían. Allí, sándalos, barcos de cabotaje, barcos de todas clases, estaban en seco, después de haber desembarcado sus cargamentos fieles, mientras los buques de comercio, por falta de profundidad, se mantenían lejos de allí.

Un *hammal* acababa de indicar á Ahmet la oficina del telégrafo, y Scarpante pudo asegurarse que el novio de Amasia expedía un largo telegrama al banquero Selim, á Odessa.

— ¡Bah! — se dijo — hé ahí un despacho que no llegará jamás á su destinatario. Selim ha sido mortalmente herido por una bala que le envió Yarahud, y eso no es cosa para inquietarnos.

Y de hecho Scarpante no se inquietó en lo más mínimo.

Después, Ahmet volvió al hotel del Giaour-Meidan.

Encontró á Amasia en compañía de Nedjeb, que le aguardaba, no sin alguna impaciencia, y la joven pudo estar cierta que ántes de algunas horas se sabría su suerte en la posesión de Selim.

— Una carta hubiera tardado en llegar á Odessa — añadió Ahmet — y, por otra parte, temo siempre....

Ahmet se había interrumpido á aquella palabra.

— ¿Teméis, querido Ahmet?... ¿Qué queréis decir? — preguntó Amasia, algo sorprendida.

— Nada, querida Amasia — respondió Ahmet — nada.... He querido recordar á vuestro padre que tuviese cuidado de encontrarse en Scutari á nuestra llegada, y aun ántes, con el fin de hacer todas las diligencias necesarias para que nuestro matrimonio no experimente ninguna tardanza.

La verdad es que Ahmet, temiendo siempre nuevas tentativas de rapto, ó en el caso de que los cómplices de Yarahud supiesen lo sucedido después del naufragio de la *Gulnare*, observaba al banquero Selim que todo peligro no había desaparecido toda-

vía; pero, no queriendo inquietar á Amasia durante el resto del viaje, se guardó muy bien de decirle sus temores; vagos temores, no fundados más que en presentimientos.

Amasia dió gracias á Ahmet por el cuidado que había tenido de consolar á su padre, por el telégrafo, aun cuando, por haber usado del hilo telográfico, tuviera que sufrir las maldiciones de su tío Keraban.

Y durante este tiempo, ¿qué era del amigo Van Mitten?

El amigo Van Mitten había llegado á ser, á pesar suyo, el feliz novio de la noble Sarabod, y el cómico cuñado del señor Yanar.

¿Cómo hubiese podido resistirse? Por una parte, Keraban le repelia que era necesario consumar el sacrificio hasta el fin, ó bien el juez podría enviarlos á los tres á la cárcel, lo que comprometía irremediablemente el éxito del viaje; que aquel matrimonio, si era valedero en Turquía, en donde la poligamia es admisible, sería radicalmente nulo para Holanda, en donde Van Mitten estaba ya casado; que, por consecuencia, podría, á su gusto, ser monógamo en su país, y bigamo en el reino de Padischah. Pero la elección de Van Mitten ya estaba hecha: prefería no ser más que *agonov*.

Por otra parte, eran un hermano y una hermana incapaces de soltar su presa. Por lo tanto, era prudente satisfacerles, salvo en la promesa de acompañarles á las orillas del Bósforo, lo que les impediría el ejercer sus pretendidos derechos de esposa y cuñado.

Así es que Van Mitten, no pudiendo resistir, se abandonó á la ventura.

Afortunadamente el señor Keraban había conseguido lo siguiente: que ántes de finalizar el matrimonio en Mossoul, el señor Yanar y su hermana les acompañaran hasta Scutari; que asistirían á la unión de Amasia y Ahmet, y que la novia kurda no partiría con su futuro holandés más que dos ó tres días después para el país de sus antepasados.

Es necesario convenir que Bruno, pensando que su señor no tenía todavía lo que merecía por su increíble debilidad, no dejaba de lamentarse al verle caer bajo el golpe de aquella terrible mujer. Pero, debe confesarse, que fué atacado de una risa (risa que apenas pudieron reprimir Keraban, Ahmet y las dos jóvenes), cuando vió á Van Mitten, en el momento en que la ceremonia de los esponsales iba á efectuarse, cubierto del traje de aquel extravagante país.

— ¡Es usted, Van Mitten! — exclamó Keraban — ¿usted, vestido á la oriental?

— Soy yo, amigo Keraban.

— ¿En kurdo?

— ¿En kurdo!

— Verdaderamente no estais mal; y estoy seguro que, en cuanto os acostumbréis, encontraréis este traje más cómodo que los vuestros de Europa.

(Se continuará.)

EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

LUIS BOUSSENARD.

— Hablo francés yo también — contestó radiante de alegría, adelantándose completamente tranquilo y dejando caer su mano en la que le presentaba su interlocutor. — He aprendido el francés en Mana. He sido educado por el doctor V..., que ahora vive en San Lorenzo. ¿No conocéis al doctor V..., amigo del comandante superior del presidio? — añadió con cierto aire de orgullo.

La frente del joven se contrajo al oír aquellas palabras, y respondió con voz sorda, empleando siempre el lenguaje habitual á los criollos:

— No, no lo conozco; no conozco á ningun blanco de la colonia.

Santiago recordó de pronto los horrores de su cautiverio, su rapto, los infames tratamientos que le dieron los forzados fugitivos, y estrechando de nuevo la mano del incógnito exclamó con una franqueza y una emoción inusitadas en los indios:

— ¡Aún no os he dado gracias por el servicio que me habeis hecho! ¡Perdonadme, mi bienhechor, que me habeis librado de esos bandidos! ¡Gracias á vos podré ver otra vez á mi mujer y á mi padre adoptivo!

Os debo la vida..., os pertenezco lo mismo que á él.

El indio, generalmente taciturno, sobrio de palabras y poco susceptible de entusiasmarse, era el que hablaba, mientras que el joven de origen europeo callaba, conservando una inmovilidad completa. Se verificaba una sustitucion de costumbres y de carácter. El indio que vivía entre los blancos se había afrancesado en cierto modo. El blanco que vivía la vida salvaje de los habitantes del bosque se había indianizado. El uno poseía la locuacidad de sus padres adoptivos; el otro conservaba la taciturnidad de los indígenas de la zona ecuatorial.

Desde que Santiago dijo que conocía á los blancos de San Lorenzo, un motivo secreto, muy imperioso sin duda, parecía acentuar más y más aquel mutismo, exento por otra parte de aspereza.

El piel-roja, atento siempre á su examen, no había observado nada. La inmensidad del servicio prestado le prohibía hacer cualquier pregunta indiscreta. Si su bienhechor no creía conveniente hacerle confiden-

cias, sus razones tendría para ello, y Santiago no quería saber más.

Emprendieron la marcha. El incógnito caminaba delante con una agilidad que demostraba hallarse habituado desde largo tiempo á fatigosas peregrinaciones á través de los bosques. Seguía sin vacilar una direccion completamente rectilínea, sin tener necesidad de buscar puntos de referencia, como si le fueran familiares todos los rincones de la sombría intensidad. El indio, al ver aquella fuerza, aquella seguridad, no volvía de su asombro á pesar de ser un verdadero hijo de la naturaleza. No podía comprender que fuera tan hábil un hombre de otra raza, y lejos de tener envidia, manifestaba á cada instante la admiración que su compañero le producía.

Un sordo gruñido interrumpió de pronto el flujo de sus palabras. Buscó maquinalmente un arma que no tenía, y gritó temblando:

— ¡El tigre!.....

El joven, sin contestar una palabra, avanzó silbando y sonriéndose.

Un enorme jaguar de lustroso pelo y relucientes ojos, apareció dando saltos, y luego, al ver al recién venido, empezó á gruñir como un gato presentando su frente para recibir una caricia que no se hizo esperar.

Santiago, estupefacto, con la boca seca, la lengua paralizada, los ojos dilatados por el terror, no se atrevía á hacer un movimiento. El temible felino le dirigía de vez en cuando una mirada que le obligaba á rechinar los dientes, y el pobre diablo creía con toda su alma que era llegada su última hora, no obstante la sonrisa tranquilizadora de su misterioso bienhechor.

— ¡Quieto, *Cat!* — dijo este último hablando en una lengua desconocida para el indio. — ¡Quieto! este indio es un amigo y debes quererle también. A propósito — preguntó en criollo — ¿cómo te llamas?

— Santiago — contestó el indio con voz débil.

— Pues bien, Santiago, amigo mio, no tengas miedo de *Cat*. Es muy manso. Acarícialo un poco para que te conozca.

Santiago extendió maquinalmente su mano crispada. El jaguar, como animal bien criado bajó la ca-

beza, se tendió en el suelo y empezó á jugarle.
— Ya ves que no te hace daño. *Cat* sólo es malo con los picaros.

Varias voces alegres se dejaron oír detrás de una cortina de bejucos; el jaguar escapó á correr en aquella dirección seguido del jóven y del indio algo más tranquilo, pero siempre estupefacto por la extraña familiaridad de su nuevo amigo con el feroz cuadrúpedo.

En medio de una confusión de ramas rotas, de troncos despedazados y de bejucos rotos se hallaban seis hombres completamente inmóviles. Cinco blancos y un negro. Los blancos vestidos como el que llegaba; estaban armados de arcos, flechas y groseros saíles. El que parecía jefe podría tener cuarenta y cinco años.

La semejanza de sus facciones con las del jóven compañero del indio era perfecta. Los mismos rasgos, los mismos ojos, la misma sonrisa dulce y melancólica, igual vigor de atleta. Pero las líneas eran líneas correctas, los cabellos blanqueaban por las sienes y la barba estaba sembrada de plateadas hebras.

Á su lado se veían tres hermosos jóvenes, uno de los cuales, casi un niño, de trece á catorce años, tenía ya la estatura y la fuerza de un hombre. Los otros dos contarian diez y seis ó diez y ocho años.

Por su aire de familia no se hacía difícil comprender desde el primer momento que eran cuatro hermanos y el que les cubría con una mirada de orgullosa ferocidad podía estar ufano de su descendencia.

El quinto era un hombre de treinta y dos á treinta y cuatro años, de barba rubia, despenada; de pómulos bajos como el ladrillo, ojos azules, el rostro marcado por cierta expresión lastimada, pero de aspecto franco y simpático. Por última, el sexto era un anciano negro, de cabellos blancos como la nieve, crespos, ensortijados, que producían singular efecto sobre una cara reluciente y como satinada. Parecía haber llegado al límite extremo de la vejez, y sin embargo, ejecutaba con rapidez toda clase de movimientos á pesar de su pierna derecha atacada de elefantiasis.

El indio caminaba de sorpresa en sorpresa. Su compañero se dirigía hacia el jefe pensando un dedo en la boca. Á cien metros próximamente se oía el rumor producido en el río por los fuzados, que trazaban su canal á través de los árboles derribados.

— Padre — dijo en inglés el jóven — hé aquí el indio. Me parece bueno y honrado, pero no es un indio ordinario. ¿Quiera Dios no tengamos que arrepentirnos nunca del servicio que acabamos de prestarle.

— Mi querido Enrique — repuso con dulzura el hombre — nunca se deben tener remordimientos por ejecutar una buena acción. No ignoro que los indios no pecan por exceso de gratitud, ¿pero es tan jóven éste!

— Sin duda, mas acaba de decirme que ha sido criado por los blancos de Maná; que conoce algunos empleados del presidio.... ¿Eyes, padre mío? del presidio, ¿ese lugar maldito que nos hace derramar tantas lágrimas, cuyo nombre me destroza la garganta al pronunciarle y en el que has sufrido tanto! Ya me ha hablado de la alegría que tendrá al ver otra

vez á su mujer y á su blanqueador. ¿No podemos tenerle siempre á nuestro lado, volverá con los blancos y quién sabe si revelará nuestro secreto! Esta comprometida la seguridad que disfrutamos, y el misterio de nuestro rotiro no tardará en descubrirse. Por esto he querido que ignore nuestro origen francés y la historia del pasado. He fingido no saber hablar más que el criollo, común á todos los habitantes del país, para que no pueda sospechar que tenemos relaciones con Francia por indirectas que sean.

— Has obrado en estas circunstancias con la mayor prudencia, mi querido hijo, y no sé cómo alabar tu discreción. Venmos á deliberar. Seguramente que este jóven nos contará cosas muy importantes, aun cuando no sea más que la relación de su cautiverio y el motivo que trae á esos hombres á un país hasta ahora inexplorado. Hasta nueva orden seguiremos hablando en inglés cuando tengamos que comunicarnos algún secreto.

Por el momento se ha hecho lo más importante. El capatzen está obstinado y el prisionero ha recobrado su libertad. Puesto que casos desconocidos abrigan evidentemente malas intenciones las enviaremos nuestras tropas de reserva. Creo que bastará esta locución para que no los veamos en mucho tiempo.

— Casimiro — dijo al anciano negro — ha llegado el momento oportuno, amigo mío; haz lo que hemos convenido.

El buen hombre, lleno de alegría, dió un salto sobre su pica-pedestal, y dijo:

— Está bien, compadre. Me gusta mucho enviar todos esos animales á aquellos picaros. Quiero que venga Carlos conmigo.

— El más jóven de los cuatro mancebos se acercó á su padre.

— ¿Me permites que acompañe á Casimiro?

— Sí, mi querido Carlos; Casimiro te ha convertido en un domesticador aceptable y no me parece mal que utilices tus talentos.

El viejo y el jóven tomaron cada uno una larga flauta de bambú y desaparecieron al poco rato en dirección del Noroeste.

Entre tanto, el hombre de la barba rubia que no había dicho nada, aun cuando no perdió una sílaba de la conversacion de Enrique con su padre, pidió la palabra.

— Ya sabeis, señor Robin, que no soy un hombre cruel y que la sangre me repugna.

— Lo sé, querido Nicolás; eres un chico excelente y sería para tí un cargo de conciencia molestar á alguien. ¿Á dónde vas á parar al decirme eso?

— Á esto, que esos cuatro prójimos son los cuatro picaros más abominables entre todos los picaros redomados de quienes este delicioso país es la patria adoptiva.... forzada. Su pellejo no vale cuatro cuartos. Vienen aquí á robar, quemar y saquear á guisa para algo peor. Yo en vuestro lugar no haría lo que pensais, Enrique; y tus hermanos manejaban el arco mejor que indio alguno, y yo les ordenaría que enviasen á cada uno de esos tumbantes una buena flecha de dos metros de larga. Ya sabeis, mi amo, que muerto el perro se acabó la rabia.

— En el fondo tienes razón, Nicolás. Pero yo rechazo los medios violentos excepto en el caso de legítima defensa. La vida humana es una cosa tan sagrada, que debe ser respetada aun en los seres más indignos. Es preciso dejar siempre al culpable tiempo para arrepentirse y proporcionar al criminal, si se puede, medios para enmendarse. Mi existencia ha estado consagrada siempre á este principio: amor á la humanidad. No me pertenece el derecho de erigirme en árbitro supremo y administrar justicia. Quiero convertir, no castigar. El hombre, por miserable que sea, es susceptible de arrepentimiento, y deseo que esterminen de Francia, formado por nosotros, un ser mojado por una sola gota de sangre, fices que esos desecados abrigar malas intenciones. Es demasiado evidente, por desgracia. Pero debes estar seguro que el espanto producido por la súbita caída de los árboles basta para demostrarnos la locura de su empresa, que esas flechas misteriosas que les hicieron cuando podían matarles y sobre todo ese terrible ejército que Casimiro va á poner en marcha les harán renunciar por siempre á su proyecto. Oye las plantas de nuestros domesticadores... Dentro de pocos minutos huirán esos aventureros, y por buenas ó por malas tendrán que desandar el camino. ¿Qué tienes que contestar á eso?

— Que tenéis razón como siempre.

— Además esos hombres ignoran nuestro número y nuestra nacionalidad. El misterio que nos rodea les aparta mejor que el más vivo ataque y el poder de los medios que acabamos de emplear para abstraerles el paso les demostrará la inutilidad de nuevas tentativas. Creerán tener delante alguna tribu temible poco dispuesta á tolerar la menor incursión en su territorio. Lo extraño de nuestros procedimientos de defensa dará origen á una leyenda que, propagada por las cercanías y aumentada por los crédulos, valdrá más para nosotros que la presencia de un cuerpo de ejército.

El dno de flauta que al principio se oía á distancia, se fué acercando. Los europeos y el indio podían ver á través de las malezas, la formidable flotilla que avanzaba lentamente atrastrada por las aguas. Cesaron los golpes de hacha y de machete y se oyeron los gritos de terror de los aventureros, sorprendidos por la invasión de los reptiles. Vióseles subir á su proa y emprender la fuga por la sabana.

— Observa — dijo Robin — que todo ha pasado como habíamos previsto. Estamos por largo tiempo al abrigo de nuevas incursiones, á menos, sin embargo, lo que no es probable, que esos hombres se determinen á regresar por el interior de las tierras. En caso contrario necesitaran tomar por asalto la ciudadela y arrojar á la guarnición que Casimiro y Carlos pondrán en ella por el mismo procedimiento. Ahora vamos á interrogar á nuestro indio, á quien veo deseoso de referirnos la serie de sucesos que le han conducido al territorio nunca violado de los *Robinsons de la Guayana*.

Santiago no se hizo de rogar para decir lo que sabía acerca de sus raptos. Su confidencia fué completa. Refirió su vida entera desde el día en que el

doctor Y... le habia adoptado hasta el momento en que rompió sus ligaduras en el salto. No hizo ningún misterio del conocimiento que tenía del secreto del oro y de su intención de revelárselo á su bienhechor.

Algunos forzados que habían oído su conversación con el doctor y el comandante, le reconstraron conduciéndolo á la celda holandesa del Maroni y entregándole en manos de un hombre, mucho más brutal que sus compañeros, que era el alma de la empresa y á quien sus cómplices obedecían ciegamente.

El proscrito interrogó con prodijosa minuciosidad al indio respecto á aquel hombre, pero no pudo obtener más que informes muy vagos. Santiago había ido pocas veces á San Lorenzo y no podía conocer ni el antiguo cargo de Benedicto ni el hecho de haber sido borrado del cuadro de los vigilantes. Creía que era un forzado fugitivo que estaba en relaciones con los del establecimiento.

— Pero ¿quién se llamaba? insistió Robin. Sus compañeros le daban algún nombre.

— No he oído llamarle nunca más que *Jefe*.

— *Jefe*... es la denominación de los vigilantes.

— No sé — respondió indignamente el indio. — No le han dado otro nombre.

— ¿Qué importa! Sin duda es algún presidiario fugitivo. Atiende, Santiago, ya ves lo que cuesta quebrantar un juramento. Con la mejor intención, sin duda, has revelado un secreto que habías prometido guardar. ¡Como si el oro constituyera la felicidad!

— ¡Oh! sí — interrumpió el indio, á quien asaltaron de nuevo sus temores. ¡El secreto del oro es mortal!... ¡Se lo habia dicho mi padre adoptivo! pero le quiero tanto!... ¡Es tan bueno!

— Te comprendo, y la gratitud que has querido demostrarle disculpaba tu ligereza si tuviera discípula la violencia de la fe jurada. Creeme, sé discreto en lo sucesivo y no divulgues jamás lo que deba estar oculto. Santiago, te hemos arrancado de manos de tus verdugos. Eres libre para volver al lado de tu familia. Puedes permanecer con nosotros todo el tiempo que te plazca. Un motivo misterioso nos obliga á ocultarnos en este sitio. Nadie debe saber quién somos ni dónde habitamos.

Señalando á los jóvenes inmóviles cerca de él, añadió:

— Estos son mis hijos; no tardarás en ver á su madre. Este — dijo designando á Nicolás — es mi hijo adoptivo, y en cuanto á ese anciano negro le quiero como á un padre.

El indio, enternecido, esculpaba ávidamente aquellas palabras pronunciadas con incomparable acento de nobleza.

— Te habrás convencido de que no somos malos y de que el motivo de nuestro destierro nada tiene de reprobable. Júrame ahora, por la vida de tu padre adoptivo, júrame por la vida de tu compañera, á lo que verás gracias á nosotros, que nunca has de revelar á nadie el secreto de nuestra existencia.

El joven piel-roja se recogió un instante en sí mismo, tomó en sus manos la del proscrito y luego con voz lenta y grave, pronunció las siguientes palabras:

— Que mi bienhechor espere al instante, que la

muerte arrebaté á Alemania, la perla de los aratichaux; que Yolock (el diablo) me lleve si alguna vez deajo escapar el misterio de vuestra vida y el lugar de vuestro retiro. ¡He dicho! ¡El espíritu de mis padres lo ha cido!

— Está bien. Levanta acta de tus palabras y te

creo. Mis queridos hijos; ya nada tenemos que hacer aquí. En marcha hacia la Buena Madre.

El jaguar se estiró perezosamente, se puso á la cabeza de la columna y los Robinsones de la Guayana, después de recoger sus armas, avanzaron por el bosque en hilera seguidos por su nuevo compañero,



El domesticador acompañado de Carlos su discípulo.

Aquí son necesarias algunas líneas de rápida explicación para conocimiento del lector. Se recordará de qué manera el proscrito, el parisiense Nicolas y Casimiro fortificaron diez años ántes el punto descubierto situado cerca de la *coleta de los Cocoteros*. Aquella especie de desfiladero encerrado entre dos sabanas pantanosas, era el único acceso por el lado del arroyo, á la estrecha senda que conducía á la Buena Madre. Los tres hombres le habían erizado de verdes plantas que crecían profusamente en las inmediaciones. Durante aquel largo período los cac-

tes, los enforbios, los pitas habían formado una especie de bastión de cien metros de grueso por doscientos de largo. Ni el hierro ni el fuego hubieran podido destruir aquellas hojas espesas, carnosas, enmarañadas, cubiertas por millones de dardos espinosos y debajo de las cuales vivía tranquilamente cantidad innumerable de serpientes de todas clases.

Desde la ranchería, situada á media ladera, y oculta entre los árboles, se podía ver el salto, por un pequeño claro cuya existencia no hubiese podido sospechar el ojo más experto. Siendo el arroyo la

útil y práctica para llegar al territorio de los Robinsones, era natural que éstos hubiesen pensado en fortificar aquel punto débil así como en vigilarle.

No se podía tratar de defender por el mismo procedimiento el espacio comprendido entre el salto y la caleta de los Cocoteros. Las plantas verdes no hubiesen podido crecer en aquel terreno pantanoso. En los primeros años se obstruía con árboles colocados al través, pero al cabo de algún tiempo se pudrían, siendo necesario, reemplazarlos con otros.

Poco antes de la época en que se desarrolla la segunda parte del drama, el proscrito y sus hijos se habían dedicado á la tarea de derribar nuevos árboles por su habitual sistema que dispensa toda clase de trabajo: una hoguera colocada al pié de cada uno de ellos. Por un fenómeno bastante frecuente, los árboles ligeros en sus copas y maldos entre sí por los bejucos, no cayeron, aun después de haber sido sus bases destruidas, continuando en pié sus carbonizados troncos, mantenidos en equilibrio por sus vecinos. Como aquel trozo de terreno se halla por todas partes abrigado contra los vientos, siguieron en posición sesgada-se por completo.

Bastaba, si era preciso, cortar los bejucos que les mantenían como los estaya y los obengues de un buque para oclados al suelo y aun para arrastrar en su caída á los que les prestaban apoyo. Esto fué lo que sucedió cierta mañana cuando Enrique, al levantarse antes que nadie descubrió con su ojo práctico el campamento de los forzados que se elevaba como gigantesco trípode sobre las rocas del salto.

Se celebró consejo, y el joven fué enviado para hacer la descubierta.

Mereced á su prodigiosa agilidad superior á la de un indio ayezado á todas las astucias de los habitantes del bosque virgen, se deslizó entre los bejucos y las hierbas, acercándose al campamento, pudiendo ver los inflantes tratamientos de que era víctima el cautivo, y hasta oyendo algunas palabras de la conversación.

Cumplido su deber de explorador, volvió á la choza y se convino en el acto impedir el paso y libertar al indio por todos los medios posibles. Los miembros de la pequeña colonia, excepto la señora Robin, llegaron á toda prisa á la orilla del riachuelo. Apremiaba el tiempo y los bandidos iban á pasar. En un instante fueron cortados los bejucos que sujetaban el primer árbol. Viendo después que los forzados se proponían continuar su camino, decidíronse los siete hambres á echar el resto y precipitaron toda la ríngera en el arroyo.

Como la obstinación de los aventureros les impulsaba á seguir adelante, propuso Casimiro enviarles el cuerpo expedicionario de que ya se tiene conocimiento. Se recordará que el riachuelo forma un codo muy pronunciado enfrente de la caleta de los Cocoteros, de suerte que el reducho de plantas verdes se encuentra en dirección perpendicular á la del arroyo.

Toda la noche se empleó en confeccionar balsas con hojas de mameucucu, que fueron amarradas á la vista de la guarda de las serpientes. El anciano negro tuvo cuidado de esparcir con profusión una hier-

ba que las atrae como á los gatos la valeriana. Cuando estuvo todo dispuesto largáronse las amarras y el domesticador, acompañado de Carlos, su discípulo favorito, llamó á las serpientes retorsidas, así como á las que por su tamaño no hubieran podido sostenerse sobre las hojas.

La terrible escuadrilla, solicitada por la corriente, no tardó en ponerse en marcha y avanzó como los regimientos escoceses al són del píbroch. Ya se ha visto el pánico producido por aquella intervención de la reserva.

Volvamos ahora á nuestro interrumpido relato.

La trepa marchaba rápidamente aunque el bosque no ofrecía la menor huella de un camino. Era que todos poseían, desde mucho tiempo ántes, aquella facultad rara, tan difícil de adquirir y tan necesaria para atravesar las soledades ecuatoriales. La carrera en el bosque virgen es, más que una marcha, un ejercicio gimnástico. El viajero debe estar dotado de un organismo de hierro. La marcha propiamente dicha es lo de ménos. Por más que necesita ser un andar consumado, tiene precisión de salvar de un salto un riachuelo, escalar los troncos caídos, atravesar cortinas de bejucos, arrastrarse por las ramas bajas, trepar por las raíces, evitar los charcos pantanosos y cuando la línea terrena en un callejón sin salida, la ruda y pesada manobra del hacha y del machete se impone durante horas, y aun días enteros, á su encorvado brazo.

Á esta abrumadora fatiga corporal, multiplicada por una temperatura de horno, hay que agregar una preocupación terrible. La de la dirección. ¿Á qué conducirán tantas esfuerzos? ¿Cuál será el resultado de aquel trabajo formidable? Un momento de olvido, una vuelta en redondo, una caída, y el desgraciado que no puede ver el sol cubierto por la espesa muralla vegetal, camina á ciegas, vuelve sobre sus pasos, gira indefinidamente en el mismo sitio, anda y anda, sin entorsearse de que se ha extraviado. No siendo por un milagro, ó por el encuentro casual de un indio que vaya de caza, hay que esperar la muerte. La muerte, en un plazo más ó ménos largo, con su lúgubre cortejo de fieras, insectos y reptiles, su clamoroso fincbre ejercitado bajo la inmensa cúpula por los felinos y los monos chillones que llega al oído del moribundo hasta que exhala el último suspiro. Puede considerarse feliz cuando encuentra un riachuelo por el cual sus fuerzas le permitan bajar hasta el río de que es afluente. Si tiene víveres, si la fiebre no le devora, si el pantano invisible no se abra bajo sus piés, quizás tenga probabilidades para escapar á tan horroroso fin, pero necesita provisiones, so pena de sucumbir á los ataques del hambre que, no me cansaré de repetirlo, domina como reina absoluta en medio de aquellas estériles magnificencias.

Tan sólo pueden mover sin temor á través de las selvas ecuatoriales los indios y algunas blancas privilegiadas á quienes un largo y penoso aprendizaje ha familiarizado con los misterios de los grandes bosques. Los puntos de referencia faltan, y sin embargo, gracias á un instinto de adivinación, compa-

rable al de ciertos marinos, van en derecha hacia su objeto, sin desviarse un paso, guiados como los patrones de los barcos de cabotaje de Bretaña por aquella especie de doble vista que caracteriza al hombre de mar.

Así eran los Robinsones que precedían al indio

con una seguridad y una rapidez que jamás hubiera sospechado existían en hombres de cualquier otra raza.

Santiago no podía contener su admiración ni dejar de manifestarla al ver aquella hazaña que sabía apreciar como buen inteligente.



La carrera en el bosque virgen es, más que una prueba, un ejercicio gimnástico.

—¡ Oh ! ; Los blancos ! ; Oh ! —repetía.

Pero cuando descubrió en el vasto descampado en que se levantaba la ranchería de nuestros amigos subió de punto su asombro. Había visto importantes aldeas indias, con chozas en gran número, espaciosa, bien dispuestas y provistas de todos los objetos necesarios para la vida de aquellos hijos de la naturaleza. Algunas eran relativamente lujosas, y él pensaba que su magnificencia no podía borrarle sino comparándolas con los edificios de los blancos de San Lorenzo ó de Maná.

Pero los blancos tenían recursos desconocidos para los indios. Contaban con hábiles obreros, brazos numerosos, instrumentos de todas clases, y los buques conducían desde Francia objetos que la industria criolla no hubiera podido crear en tanto que los industriosos artífices cuyas manos habían improvisado aquellas comodidades, y tantas maravillas tuvieron necesidad de sacar todo de los sencillos productos de la naturaleza, modificándoles y dándoles forma adecuada á su uso.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA GÓMEZ.

Quedó convenido que nos marcharíamos á la mañana siguiente y pasó el día escribiendo una larga carta á Etienneette, explicándole los motivos que me obligaban á no verla como había prometido.

Una vez más tuve que experimentar al día siguiente la tristeza de la despedida; pero al ménos no salía de Chavanoon en las mismas circunstancias con que me llevó Vitalis. Pude abrazar á la tía Barberin y prometerla que volvería pronto con mis padres; la noche anterior á mi marcha se empleó en discutir lo que yo la regalaría: nada era bastante hermosa y digno de ella; ¿no iba á ser muy rico?

— Todo lo que me regales, querido Kemi — decía — no tendrá el valor que esa vaca, y con todas tus riquezas no me harás tan feliz como me has hecho con tu pobreza.

También fué preciso separarnos de nuestra pobre vaca; Mattia la besó más de diez veces en el hocico, lo cual pareció agradaarla mucho, pues á cada beso sacaba su larga lengua.

Ya estamos de nuevo en las carreteras, con el jornal al hombro y precedidos por *Capi*; ibamos de prisa, ó por mejor decir, de vez en cuando, sin saber lo que me hacía, impulsado por mi deseo de llegar pronto á París, alargaba desmesuradamente el paso.

Mattia me siguió por algun tiempo, pero al fin me dijo que si seguíamos de aquel modo pronto estaríamos rendidos, y ante esta oportuna consideración disminuí la rapidez de la marcha; mas no duró mucho, porque no tardé en acelerarla de nuevo.

— ¡Qué prisa tienes! — me dijo Mattia con cierto acento de tristeza.

— Es verdad; pero me parece que tú también debías tenerla, pues mi familia será también tuya.

Movió la cabeza con aire de duda.

Contristóme mucho aquel gesto que ya había observado varias veces desde que se empezó á hablar de mi familia.

— ¿No somos hermanos?

— ¡Oh! entre nosotros ciertamente, y yo no dudó de tí, soy tu hermano, por ahora, y lo seré mañana, así lo creo y así lo siento.

— ¿Y bien?

— ¿Cómo quieres que sea hermano de tus hermanos, si los tienes, é hijo de tu padre y de tu madre?

— ¿Y si estuviéramos en Lucca, no sería yo hermano de tu hermanita Cristina?

— ¡Oh! sí, seguramente.

— Entonces, ¿por qué no serías hermano de mis hermanos y de mis hermanas, si los tengo?

— Porque no es lo mismo, en manera alguna.

— Pues ¿cual es la diferencia?

— Yo no he estado envuelto en ricos pañales — dijo Mattia.

— ¿Y qué importa?

— Mucho, todo, tú lo sabes mejor que yo. Si hubieras ido á Lucca, y me parece que ya no irás, te hubiesen recibido mis padres, que son unos pobres y que no tendrían nada que echarte en cara, pues son más pobres que tú. Pero si los ricos pañales no cuentan, según creo la tía Barberin, y así debe ser, tus padres son poderosos y acaso personajes importantes! En ese caso, ¿cómo quieres que reciban á un pobre miserable como yo?

— ¿Y qué soy yo sino otro miserable?

— Actualmente sí, pero mañana serás su hijo y yo seré siempre el mismo desgraciado que soy ahora. Te enviarán al colegio, te darán maestros y yo continuará mi camino, sólo acordándome de tí de igual manera que según creo te acordarás de mí.

— ¡Oh! mi querido Mattia, ¿por qué hablas de ese modo?

— Hablo como pienso *yo mio caro!* y no puedo participar de tu alegría, porque vamos á separarnos y porque había creído que siempre estaríamos juntos como ahora; no reducidos á la condicion de músicos ambulantes, sino tocando como verdaderos artistas delante de un público inteligente.

— Ya sucederá eso, mi buen Mattia; si mis padres son ricos, tanto lo serán para tí como para mí; si me envían al colegio tú irás conmigo. No nos separaremos nunca, trabajaremos juntos, creeceremos y viviremos reunidos según tus deseos y los míos también, te lo aseguro.

— Conozco que esos son tus propósitos, pero luego no serás, como ahora, dueño de tus acciones.

— Vamos, escúchame: si mis padres me buscan es evidente que se interesan por mí y que me quieren, y si esto es así, no me negarán lo que les pida. ¿Y sabes lo que les pediré, que hagan felices á mis bienhechores, á los que me han amado cuando estaba solo en el mundo, á la tía Barberin, á M. Acquin, á quien sacarán de la cárcel; á Etienneette, Aléxis, Benjamin, Lise y tú; Lise estará con ellos para que se eduque y se cure, y á tí te pondrán en el colegio conmigo si optan por esto. Así ha de suceder si mis padres son

ricos, y no ignoras cuánto me alegraría por tí y por mí.

— Pues yo me alegraría mucho de que fuesen pobres.

— Eres un necio.

— Puede ser.

Y sin decir más llamó á *Capi*; había llegado la hora del almuerzo; tomó al perro en sus brazos y dirigiéndose á él como si hubiese hablado á una persona que podía comprenderle y contestarle, dijo:

— ¿No es verdad, viejo *Capi*, que tú también preferirías que los padres de Kani fuesen pobres?

Al oír mi nombre, y como siempre hacía, lanzó *Capi* un ladrido de satisfacción poniendo su mano en el pecho.

— Si sus padres son pobres continuamos los tres nuestra existencia libre; irémos donde queramos, sin más enlaces que dar gusto al «respetable público.» Si son ricos, irá *Capi* al patio, le meteré en una garita y acaso le aten con una cadena muy reluciente, de acero, pero una cadena al fin y al cabo, porque los perros no deben entrar en los lujosos aposentos.

Hasta cierto punto me enojaba que Mattia se alegrase al pensar que mis padres fuesen pobres en vez de compartir las ilusiones que me había inspirado la tía Barberin; mas, por otra parte, me producía cierta satisfacción la causa de su tristeza y que no era otra sino la amistad y el temor de la separación; después de todo no debía enojarme, pues con esto me daba un testimonio de cariño y de ternura.

Si no hubiéramos tenido necesidad de ganar el pan de todos los días hubiera alargado el paso; pero teníamos que tocar en los pueblos importantes que encontrábamos en el camino, y mientras llegaba el momento de que mis ricos padres partiesen con nosotros su fortuna, debíamos contentarnos con los sueldos difícilmente recogidos á la ventura.

Empleamos más tiempo del que yo había calculado para ir de Chavanon á Drouzy, pasando por Aubusson, Montluçon, Moulins y Decize.

Además de ganar el pan diario teníamos otra razón que nos obligaba á hacer buenas ganancias. No había olvidado lo que me dijo la tía Barberin cuando me aseguró que todas mis riquezas no podrían hacerla tan feliz como mi pobreza, y quería que Lise fuese tan dichosa como mi pobreza. Indudablemente repartiría mi fortuna con Lise, pero mientras llegaba el día en que fuera rico, quise llevar á Lise un regalo comprado con el dinero de mi trabajo, el regalo de la pobreza: una muñeca y un ajuar de casa que compramos en Decize, y que afortunadamente costó menos que una vaca.

De Decize á Drouzy no había otro remedio sino ir de prisa, pues excepto Chatillon-en-Bazois, no encontramos en el camino más que pobres aldeas cuyos habitantes no estaban dispuestos á hacer gastos superfluos siendo generosos con unos músicos ambulantes, por los cuales no se preocupaban en manera alguna.

Desde Chatillon empezamos á seguir las orillas del canal y aquellas colinas cubiertas de arbolado, aquella agua tranquila, aquellas barcazas, suavemente arras-

tradas por poderosos caballos, me trasladaran con la imaginación á los felices tiempos en que, embarcado en el *Cisne* con Mme. Milligan y con Arturo, navegué por el mismo canal. ¿Dónde estaría el *Cisne*? ¡Cuántas veces al cruzar una de esas vías fluviales pregunté si habían visto pasar un barco de recreo que por su marquesina y por el lujo que estaba adornado no podía confundirse con ningún otro! Estaba fuera de duda que Mme. Milligan había regresado á Inglaterra en cuanto se restableció Arturo. Esto era lo probable, casi lo seguro, y sin embargo, más de una vez, al recorrer las orillas del canal de Nivernais me pregunté, cuando descubría desde lejos alguna embarcación remolcada por un caballo, si sería el *Cisne* que avanzaba hácia nosotros.

Estábamos en otoño y naturalmente eran nuestras jornadas más cortas que en el verano, y tomábamos nuestras medidas de modo que llegásemos á los pueblos en que debíamos pernoctar antes de caer la tarde. No obstante, á pesar de que forzamos el paso, no pudimos entrar en Drouzy hasta cerca de las nueve de la noche.

Para llegar á casa de la tía de Lise, no teníamos más que seguir el canal, pues el marido de la tía Catalina era guarda-oscuro y vivía en una casilla construida junto á la compuerta que vigilaba; esta circunstancia nos ahorró tiempo y no tardamos en encontrar la vivienda, situada en un extremo del pueblo cerca de una pradera plantada de árboles muy elevados, que vistos desde lejos parecían flotar en la bruma.

Mi corazón latió con violencia al aproximarme á aquella casa cuya ventana estaba iluminada por los reflejos de una gran hoguera que ardía en la chimenea, despidiendo de vez en cuando rojas llamaradas que iluminaban nuestro camino.

Ya cerca de la casa, vi que la puerta y la ventana estaban cerradas; pero á través de los cristales de la última, que no tenía ni visillos ni cortinas, descubrí á Lise en la mesa al lado de su tía y á un hombre, su tío sin duda, colocado delante de ella y con la espalda vuelta hácia nosotros.

— Están cenando — dijo Mattia — éste es el momento oportuno.

Pero le detuve con una mano, sin hablar, mientras que con la otra hacía señas á *Capi* para que permaneciese detrás de nosotros y guardando silencio.

Luego descolgué el arpa de mi hombro y me dispuse á tocar.

— ¡Ah! sí — dijo Mattia — una serenata; excelente idea.

— No; tú no, yo sólo.

Y toqué las primeras notas de mi canción napolitana, pero sin cantar para que no me delatase la voz.

Mientras que tocaba, miré á Lise; levantó vivamente la cabeza y sus ojos brillaron como un relámpago.

Entonces me puse á cantar.

Al oírme se bajó de la silla y corrió hacia la puerta; no tuve tiempo más que para dar el arpa á Mattia, pues Lise estaba ya en mis brazos.

Hicieronnos entrar en la casa, y la tía Catalina,

después de haberme abrazado, puso dos cubiertos en la mesa.

Peró al ver lo que hacía, la rogué que pusiera otro más.

— Si no es molesta — dije — os presentaremos una compañerita que viene con nosotros.

Saqué de mi sacro la muñeca y la senté en la silla que estaba al lado de Lise.

La mirada que ésta me dirigió no la he olvidado, y me parece que la veo todavía.



Saqué de mi sacro la muñeca y la senté en una silla.

CAPÍTULO XXXII.

BARBERIN.

Si no hubiera tenido prisa para ir á Paris, hubiese permanecido largo tiempo al lado de Lise. ¡Teníamos tantas cosas que decirnos y era tan poco lo que podíamos comunicarnos con el lenguaje que empleábamos!

Lise tenía que referirme su instalación en Dreuzy, el cariño que le había cobrado su tío y su tía, los cuales de cinco hijos que tuvieron ya no conservaban ninguno, desgracia muy frecuente en el Nivernais, donde las mujeres abandonan á sus hijos para ir á criar á Paris; también debía contarme que le trataban como si fuese hija suya, de qué manera vivía en su casa, cuáles eran sus ocupaciones, sus juegos y sus placeres: la pesca, los paseos en barco, las excursiones á los bosques que consumían todo su tiempo, pues no podía ir á la escuela.

Por mi parte, tenía que preguntarle si había recibido noticias de su padre y decirle todo lo que me había sucedido desde nuestra separación, que estuve á punto de perecer en la mina donde trabaja Alexis, y que al llegar á casa de mi nodriza supe que mi familia me buscaba, lo cual me impidió ir, como quería, á ver á Etiennette.

Como fácilmente se comprenderá, casi todo mi relato se circunscribió al tema de mi familia rica, y repetí á Lise lo que ya dije á Mattia, insistiendo sobre todo en que si se realizaban mis esperanzas de fortuna todos seríamos felices: su padre, sus hermanos y ella, sobre todo ella.

Lise, que no había adquirido la precoz experiencia de Mattia, y que, afortunadamente para ella, no había cursado en la escuela de Garofoli, estaba dispuesta á admitir que los ricos no tienen más en este mundo sino ser felices, y que la fortuna era un talisman que, como en los cuentos de hadas, daba en el momento todo cuanto se pudiera desear. ¿Por ventura no era la pobreza la causa de que su padre estuviera en la cárcel y de que se ballase dispersa la familia? Que yo fuese el rico ó que ella lo fuese poco importaba; el resultado sería el mismo; todos íbamos á ser felices, y su único deseo era que estuviéramos todos juntos y dichosos.

No pasábamos todo el tiempo entretenidos delante de la esclusa oyendo el ruido del agua que se precipitaba por las compuertas, sino que también nos paseábamos los tres, Lise, Mattia y yo, ó por mejor decir, los cinco; pues el señor Capi y la señorita muñeca eran de la partida.

Mis excursiones á través de Francia con Vitalis durante varios años, y con Mattia en los últimos meses, me habían hecho recorrer muchos países; pero ninguno vi tan curioso como aquel en que nos hallábamos: inmensos bosques, hermosas praderas, colinas, grutas, cascadas espumosas, tranquilos estanques y en el fondo del valle, flanqueado por dos laderas escarpadas, se deslizaba serpenteando el magnífico canal. Era un espectáculo admirable; no se oía más que el murmullo de las aguas, el gorjeo de los pájaros ó los quejidos del viento al pasar entre los frondosos árboles. También es verdad que algunos años ántes me pareció encantado el valle de Bièvre. No quisiera que se me creyese bajo mi palabra, pero lo cierto es que siempre que he jugado con Lise ó hemos paseado juntos, he visto el paisaje lleno de bellezas. Vi aquel país con Lise y ha permanecido en mi memoria iluminado por la alegría.

Por la noche nos sentábamos delante de la casa cuando no había humedad, y junto á la chimenea cuando la niebla era demasiado espesa; yo tocaba el arpa á fin de entretener á Lise, Mattia tocaba el violín ó el cornetín de piston, pero Lise prefería el arpa, lo cual me llenaba de orgullo. Cuando íbamos á acostarnos, me pedía Lise la canción napolitana y yo se la cantaba siempre.

Á pesar de todo, fué preciso dejar á Lise y volver á ponernos en camino. Yo no experimenté una gran tristeza; había acariciado tantas veces mis sueños de fortuna, que llegué á creer, no que sería rico, sino que ya lo era, y que no tenía más que formar un deseo para realizarle en un porvenir próximo, muy próximo, casi inmediato.

Mis últimas palabras á Lise (palabras no habladas, sino expresadas por mímica) servirán mejor que largas explicaciones para comprender con cuanta sinceridad abrigaba aquella ilusión.

—Vendré á buscarte —le dije —en un coche con cuatro caballos.

De tal modo me creyó la niña que hizo un chusquido con la mano, como si arrese á los caballos; indudablemente veía el carruaje como le veía yo.

Pero ántes de recorrer en coche el camino de París á Dreuzy tuve que recorrer á pié el de Dreuzy á París, y si no fuera por Mattia, yo no me hubiera ocupado más que en alargar el paso, contentándome con ganar el dinero estrictamente necesario para el ali-

mento del día. ¿Para qué habíamos de trabajar? Ya no teníamos que comprar vacas ni muñecas, y con tal que tuviéramos el pan de cada día, no debía preocuparme la idea de llevar dinero á mis padres.

Mattia no se dejaba convencer por las razones que yo le daba para justificar mi opinión.

—Ganemos lo que podamos ganar —decía —obligándome á tomar el arpa. ¿Quién sabe si tardaríamos muchos días en encontrar á Barberin?

—Si no le encontramos á las doce le encontra-



Nos parecíamos los tres.

remos á las dos; la calle Mouffetard no es larga.

—¿Y si no vivo en la calle Mouffetard?

—Irémos á donde viva.

—¿Y si la vuelto á Chavanon? Será preciso escribirlo y esperar su respuesta; entre tanto, ¿de qué vamos á vivir si tenemos los bolsillos vacíos? Cualquiera diría que no sabes lo que es París. ¿No te acuerdas ya de las canteras de Gentilly?

—No.

—Pues yo no he olvidado las tapias de la iglesia de Saint-Médard, contra las que me apoyaba para no caer cuando me podía ser más prudente. No quiero tener hambre en París.

—Verás qué bien comemos cuando vayamos á casa de mis padres.

—Yo no dejo de comer aunque haya almorzado bien; pero cuando no he almorzado ni comido no estoy á mi gusto; trabajemos, pues, como si tuviéramos que comprar una vaca para tus padres.

El consejo no podía ser más prudente; confieso, sin embargo, que ya no cantaba como cuando tratábamos de reunir sueldos para la vaca de la tía Barberin ó para la muñeca de Lise.

—¿Qué holgazán serás cuando seas rico! —decía Mattia.

Desde Corbeil volvimos á encontrar el camino que habíamos recorrido seis meses ántes, al salir de París, para dirigirnos á Chavanon, y ántes de llegar á Villejuif entramos en la granja, donde dimos el pri-

mer concierto de nuestra sociedad, para que bailasen los convidados á una boda. Los recién casados nos reconocieron y nos invitaron á tocar dándonos cena y cena.

De aquella casa salimos al día siguiente para hacer nuestra entrada en París al cabo de seis meses y cuatorce días de ausencia.

Pero el día de la llegada fue muy diferente del de la salida: el tiempo era frío y húmedo; sin sol, sin flores y sin verdor en las orillas del camino. El verano había cumplido su misión, siguiéndole las primeras nieblas del otoño; entónces no caían sobre nuestras cabezas y de lo alto de las tapias las flores del aleli, sino hojas secas desprendidas de los amarillentos árboles.

¡Más qué importaba la tristeza del tiempo! Sentíamos una alegría interior que no necesitaba excitación alguna.

Al hablar en plural no soy exacto, pues la alegría no reinaba más que en mi corazón. La idea de ser abrazado por mi madre, que sería muy buena, y por mi padre, que me llamaría su hijo, me trastornaba por completo.

Á medida que nos acercábamos á París tornábase Mattia cada vez más melancólico, andando durante muchas horas sin dirigirme palabra. Nunca me confesó la causa de su tristeza, y creyendo yo que era la idea de nuestra separación, no quise repetir lo que le había dicho en varias ocasiones, esto es, que mis pa-

dres no podían abrigar el pensamiento de separarnos.

Cuando nos detuvimos para comer antes de llegar á las fortificaciones, me participó lo que le preocupaba de aquel modo.

— ¿Sabes en qué estoy pensado ahora, al entrar en París.

— ¿En qué?

— En Garofoli, ¿Habrá salido de la cárcel? Cuando me dijeron que estaba en ella, no me ocupé de preguntar por cuanto tiempo, acaso este ya en libertad y viva en su camaranchón de la calle de Lonséine. Donde debíamos buscar á Barberin es en la calle Mouffetard, á la puerta de la casa de Garofoli. ¿Qué sucederá si nos encuentra? Él es mi amo, y mi tío, y puede llevarme consigo sin tener esperanza de huir. Tú temblabas ante la idea de caer en las manos de Barberin; otro tanto me sucede á mí respecto de Garofoli; ¡Oh! ¡Pobre cabeza mía! Y esto no sería nada al lado de la separación; ya no podríamos vernos, lo cual había de ser tan terrible para mi familia como para la tuya. Garofoli quería llevarte con él y darte la instrucción que ofrece á sus discípulos con acompañamiento de látigo. ¿A tí no te han pegado nunca!

Arrebatado mi espíritu en más de la esperanza, ni por un momento me acordé de Garofoli; pero todo cuanto dijo Mattia era posible y yo no necesité más explicaciones para comprender que estábamos expuestos á serios peligros.

— ¿Qué piensas? — le pregunté — ¿no quieres entrar en París?

— Creo que si no fuese á la calle Mouffetard estaría la ocasión de encontrarme con Garofoli.

— Pues bien, no vayas á esa calle, iré yo solo; nos reuniremos en algún sitio á una hora convenida.

Quedamos citados para las siete de la noche en la entrada del puente del Archevêché, junto al ábside de Notre Dame; arregladas las cosas de este modo nos pusimos en marcha para entrar en París.

Al llegar á la plaza de Italia nos separamos muy conmovidos, como si nunca volviéramos á vernos, y mientras que Mattia y Capi bajaban hacia el Jardín des Plantes, yo me dirigí hacia la calle Mouffetard, que distaba poco de allí.

Era la primera vez, en el transcurso de seis meses, que me encontraba sin Mattia y sin Capi, en aquella ciudad inmensa, y el verme solo me producía penosa sensación.

Pero era necesario que no me dejase abatir por la tristeza; iba á encontrar á Barberin y por medio de él á mi familia.

Había escrito en un papel los nombres y señas de los posaderos en cuyas casas podía encontrar á Barberin; pero la precaución era superflua, porque no olvidé ni uno solo de aquellos nombres y pude recordarlos fácilmente sin consultar mi nota: Pajot, Barrabaud y Chopinet.

Encontré la casa del primero al bajar por la calle Mouffetard, y entré animosamente en una especie de figon que ocupaba el piso bajo de una posada; mi voz estaba trémula cuando pregunté por Barberin.

— ¿Quién es ese Barberin?

— Barberin, uno de Chavaon.

Hice su retrato lo mejor que pude, refiriéndome al aspecto que tenía cuando volvió de París: rostro avinagrado, ademanes bruscos y la cabeza inclinada sobre el hombro derecho.

— No está aquí, ni le conocemos.

Di gracias y me dirigí á casa de Barrabaud el cual á la profesión de posadero unía la de vendedor de frutas.

Le pregunté si conocía á Barberin.

Al principio me costó mucho trabajo hacer que me escuchasen, pues el marido y la mujer estaban ocupados, él en servir una pasta verde que dividía con una especie de llana y que, según afirmaba, eran espinacas, y ella discutiendo con una parroquiana que le había dado un sueldo de ménos al pagarla. Por último, después de repetir tres veces mi pregunta, obtuve contestación:

— ¡Ah... sí, Barberin!... Hace mucho tiempo que le hemos tenido; lo ménos cuatro años.

— Cinco — dijo la mujer, — y recuerdo que nos debe una semana; ¿dónde está ese bribón?

Esto era precisamente lo que yo preguntaba. Salí desanimado y hasta cierto punto inquieto. Ya no me quedaba más recurso que apelar á Chopinet, y si éste no sabía nada, ¿á quién me dirigía? ¿Dónde podría encontrar á Barberin?

Chopinet era hostelero, como Pajot, y cuando entré en el aposento donde guisaba y servía de comer, ví muchas personas sentadas á la mesa.

Pregunté al mismo Chopinet, que, con una cuchara en la mano, se disponía á repartir la sopa á sus parroquianos.

— Barberin — me respondió — no está aquí.

— ¿Pues dónde está? — pregunté temblando.

— ¡Ah! No sé.

Me dió un valdillo y creí que las cacerolas bailaban sobre el fogón.

— ¿Dónde podré buscarle? — dije.

— No ha dejado sus señas.

Debí expresar mi cara tal asombro, que uno de los hombres que comían en una mesa próxima al fogón, me preguntó:

— ¿Qué quieres tú á Barberin?

No podía responder la verdad, ni mucho ménos contarle mi historia.

— Vengo de su tierra, de Chavaon, para darle noticias de su mujer, que me ha dicho podría encontrarle en esta casa.

— Si sabéis dónde está Barberin — dijo el hostelero dirigiéndose al que me había preguntado — no tengais inconveniente en decirselo á este muchacho, que no le desea ningún mal, ¿no es verdad?

— ¡Oh, sí, es cierto!

Volví á cobrar esperanza.

— Barberin debe alojarse ahora en la fonda del Cantal, pasaje de Austerlitz; allí estaba hace tres semanas.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POR D. JOSÉ MORENO FUERTES.

Sus destrozadas ropas, sus demacrados semblantes, las heridas y rasguños que ostentaban sus manos y sus ensangrentados pies, eran evidentes indicios de la serie de penalidades y padecimientos que habían experimentado en los ocho ó nueve días que duró su ausencia.

En la mañana del último, conculcada tal vez la inconstante fortuna, á pesar de sus duras entrañas, de cuanto venía haciéndoles sufrir, templó sus rigores é inspiró al bueno de *Borrasca* la feliz idea de trepar á una palmera que descollaba gigante y erguida en un ribazo, con el fin de orientarse desde aquella altura acerca de su situación.

Hasta entónces no se habia presentado tan feliz oportunidad. Trabajo, y no poco, costó al hábil marino, á causa de su debilidad, ascender por el rectísimo tronco; pero consiguiólo al fin, y con gran regocijo suyo advirtió, por determinados detalles que tenía á la vista, que el campamento no distaba mucho del lugar en que se hallaba.

¡Cuántos alientos comunicó aquella plausible noticia á la jóven esposa y á su honrado compañero!

III.

Algunas horas después de presentarse los fugitivos en el fuerte, cuando aún duraba la algazara entre los expedicionarios por tan feliz suceso, que celebraban con el jerez de un barrilillo, destapado á dicho fin por orden del capitán; en medio, pues, del general contento, lloraba á lágrima viva un hombre de voluminosa cabeza, inverosímil abdomen y encrespados cabellos.

—¿Qué es eso, pobre *Caguama*? ¿Qué te sucede? ¿Tú lloras y gimoteas cuando á todos nos sale á borbotones del cuerpo la alegría?

—¡Ah, *taitica* Ambrosio! Sí, sí, ya oigo la *guángara* (1) del campamento.... Pero aunque me llamen *guanajo* (2) yo no puedo estar divertido.... porque.... ¡hi.... hi.... hi....!

—Pero, hombre de Dios, ¿qué te pasa?

—¡Ah, *taitica* Ambrosio! Aunque yo sea *guatacudo* (3) y así tenga la color *jipata* (4) me gusta mucho vivir y.... ¡no quiero! ¡no quiero morir tan pronto!

—Pero ven aquí, *Caguama*, ¿por qué te has de morir?

—Porque... porque....

—Vamos, ¿por qué?

—Mi amo, el *niño* Panchito me dijo hace poco.... vamos, ésta es una *guasanga* (1) que no se puede sufrir.... me dijo que para mañana, muy temprano, tuviera preparados los martillos, las pinzas, los sacos, la caja y la red para cazar insectos.... porque íbamos á salir por esos mandos de Dios....

—¿Y eso te aflige, *Caguama*? ¿No has ido mil veces con tu amo á esas excursiones?

—Sí, pero si yo no puedo, *taitica*; si el *niño* Panchito lo sube.... si yo estoy muy gordo y no puedo correr ni empujoromarme por los vericuetos que él sube.... Pero lo que me da ahora más miedo es que.... ¡hi.... hi.... hi....!

—No llores, *babiaca*.

—¡Hi.... hi.... hi....! Yo no dije al *niño* *ni ji ni ja*.... (2) pero tengo miedo á esos hombres *ibaros* (3) que andan por ahí.... y ¡comen gente! ¡Ay, *taitica* Ambrosio! si me ven tan paruzado y gordito me comerán, me comerán de seguida.... ¡Hi.... hi.... hi....!

Tenia lugar esta ridícula escena en la habitación que ocupaba don Francisco, entre el calmoso y barrigudo mulato que le servía, y el antiguo servidor de los Ballesta, el cual, por oír al primero, más que por gusto de mortificarle, dijo con cierta gravedad cómica:

—En apurado lance, pobre *Caguama*, te vas á ver; pero si tienes el presentimiento, á cosa así, de morir comido, resignate con tu suerte.... ¡qué remedio! á todo puerco en este mundo le llega su San Martín.

Oír estas palabras y perder el mulato completamente el seso, todo fué uno. Detrás del viejo Ambrosio, que abandonó el cuarto por no reventar de risa, salió *Caguama* gimiendo á más y mejor, y gritando á voz en cuello:

—¡Mañana! ¡mañana me comen! ¡mañana me comen!

Y vociferando de esta manera recorrió todo el fuerte, con no poco contentamiento y algazara de cuantos pudieron oírle.

IV.

La vuelta de Clotilde y del contramaestre causó

(1) *Guángara*.—Bullición, algazara, alegría.

(2) *Guanajo*.—La persona estúpida, tonta.

(3) *Ibaros*.—Que tiene las orejas grandes.

(4) *Jipata*.—Negruzca, amarilla.

(1) *Guasanga*.—Broma pesada, refiriéndose á determinadas costumbres.

(2) *Ni ji ni ja*.—Ni oír ni mostar.

(3) *Ibaros*.—Montañeses, selváticos.

también indecible alborozo entre los oficiales y la marinería de á bordo; con permiso de los primeros casi pusieron abandonados los buques; la mayoría de sus tripulantes pasó á tierra á felicitar por su regreso á la heroica capitana.

No fueron los últimos en cumplimentarla, á su manera, el insigne *Masce Pedro* y su amigo *Ude-malós*.

El capitán Ballesta ordenó suspender los preparativos de la proyectada expedición. Desecho tenía á exigir explicaciones y completa reparación por el inculcable atropello del que había sido víctima su esposa; pero estaba resuelto á recluir, en cuanto posible fuera, toda complicación con los ingleses; y si ésta se hiciera inevitable, que la provocaran ellos antes que él.

Para impedir el logro de nuevas asechanzas, dispuso que al rededor de Cleótilde vigilaran constantemente los más adictos marineros, y que cuando saliera de las fortificaciones la acompañaran algunos hombres armados.

La excursión científica que para el día inmediato preparaba el doctor, había despertado la codicia de varios marineros, pues iban á tener lugar las exploraciones en una inmensa gruta descubierta por el sabio, y en la cual, según éste decía, veíanse á flor de tierra relucientes filones de oro.

Espoleados por tan bella perspectiva, ofreciéronse varios hombres á acompañar al doctor Poey en su expedición.

—Acepto, amigos míos, acepto—les contestó el sabio lleno de júbilo.— Á todos daré entretenida ocupación. ¡Ya veréis! ¡ya veréis! Proveeros de picas, antorchas y sendos sacos. Sobre todo, no dejéis de llevar vuestras armas.

Cuando supo *Caguama* que iba en su excursión á estar tan bien acompañado, es fama que prorumpió *sotto voce*, con el egoísmo propio de su escasa inteligencia:

—¡Mejor! ¡no seré yo solo el confín!

Bien temprano, al siguiente día, púsose en movimiento la expedición. Caminaba á la cabeza, alegre y vivaracho como siempre, el celeberrimo doctor; siguiendo diez ó doce marineros, y cerraba la marcha el afligido mulato, que arrastraba penosamente sus anchos pies por la senda que seguían.

Á poco más de un kilómetro del campamento, y en la dirección NO., estaba la caverna que iba á ser visitada. Cuando recorrieron los expedicionarios aquel trayecto, presentóse á su vista, en la base de peñas-cosas moles, una sombría abertura, que apenas á dos hombres daba paso.

Los marineros detuviéronse sorprendidos; vacilaban un tanto cuanto en penetrar por aquel agujero. Interiormente se oían extraños ruidos y pavorosos ruidos; por la estrecha abertura salía impetuoso viento, que á veces producía prolongados y agudos sonidos semejando á los que se escuchan á un tiempo de los silbatos de varias locomotoras.

V.

—¡Bah! ¡no es nada! — exclamó el doctor Poey,

viendo la perplejidad de que estaban poseídos los marineros.—Seguidme sin temor alguno; luego os explicaré la causa de estos fenómenos. Continúa detrás de mí, dandoos las manos; este viento no nos permite encender las antorchas para que veamos el camino.

En pos del doctor, y unos detrás de otros, penetraron los marineros en la caverna, el último fué *Caguama*, que, con más miedo que vergüenza, daba diénte con diénte.

La más intensa oscuridad sorprendió á los expedicionarios tan luego traspusieron la entrada de la gruta. Siguiendo al sabio, y tropezando á menudo porque los accidentes y desigualdades del terreno embarazaba el camino, llegaron, tras diez minutos de marcha, á un punto en el cual ordenó el sabio detenerse y que se encendieran los hachones.

Hízose así, y á su luz, bien escasa por cierto para disipar las tinieblas que envolvían la gruta, vieron los exploradores una extensa cámara cuyos límites y rechumbe se perdían en las sombras.

Los extraños ruidos que se escuchaban al exterior producíanse dentro de la caverna con mayor intensidad.

—¡Adelante! — exclamó el sabio afirmándose los espejuelos en la nariz; y emprendiendo la marcha siguieronle los marineros, alumbrando el camino con las antorchas; todos iban á buen paso.

Trascurrieron algunos instantes. La gruta parecía ensancharse cada vez más y revestir caracteres fantásticos.

—¡Alto! — gritó de repente el doctor Poey.— Voy á empezar, mis valientes camaradas, á distribuir el trabajo; que es lo mismo que si os diera una pedrada en los dientes; tan de vuestro gusto lo vais á hallar. Córceles y su adjunto el *Perchetero* se quedarán aquí; sujetad en el suelo con algunos guijarros una antorcha, y trabajad, ehniitos de mi alma, cuanto queráis. Ahí tenéis, á flor de tierra, el oro nativo más puro y brillante. Mirad cómo serpentean sus filones, que á la luz de las hachas parecen largas cintas de fuego. Tamaos el trabajo de arañar un poco el suelo, y le cogereis á manos llenas.

Y así diciendo, se alejó rápidamente de allí. El *Perchetero* y Córceles, llenos de codicia, miraban y remiraban la aurífera visión. Pusiéronse de rodillas junto á aquel videro.

Se hallaban en una espaciosa rotunda; de la alta bóveda pendían filamentos vegetales, como si fueran algas marinas. Según había dicho el doctor, el oro nativo brillaba por todas partes con deslumbradores reflejos.

Córceles y su camarada estaban como fascinados ante aquel, para ellos, maravilloso prodigio. El *Perchetero* escurrió ligeramente la tierra, y cuando más engolfado estaba en esta operación lanzó de repente un grito.

Corrió hacia el su camarada, que estaba avivando la luz de la antorcha, y contempló, mudo de asombro, brillar en las manos del malagueño una enorme pepita de oro.

Sus dorados matices, la viva intensidad con que

recogía en sí la llama del hachón, para reflejarla después en multitud de luces, como si su luminosa superficie estuviese bruñida y pulimentada por la mano del hombre; su gran tamaño, su considerable peso, todo en ella deslumbraba y entorpecía á sus afortunados poseedores. ¡Y áun hay filósofos atrabiliarios que califican al oro de vil metal!

¡Ah! ¿qué fuera sin él, ó otro factor análogo, de las grandes empresas del hombre? ¿Cómo, sin ese poderoso intermediario, se hubiesen verificado los descubrimientos, las invenciones, las maravillas de la industria, las ciencias y las artes, de que tanto se ufana la civilización?

«El oro — ha dicho un autor moderno — es la paz y



Y contempló, mudo de asombro, brillar en las manos del malagueño una enorme pepita de oro.

la abundancia, la alegría del hogar doméstico; el placer, la salud; no existe una sola pasión noble, un solo sentimiento generoso que no pueda satisfacerse con él; el oro es la existencia.»

En verdad que la medalla tiene su reverso, y que se puede decir de este rey de los metales que al propio tiempo es lo mejor y lo peor del mundo, según el uso que se haga de él. Pero ¿qué cosa buena hay en la tierra de la cual no abuse el hombre?

CAPÍTULO XVII.

SUS MAJESTADES EL ORO Y EL PLATINO. — LOS FUEGOS QUE NO QUEMAN. — TRISTÍSIMA COMPLICACION.

Como á Córcoles y á su inseparable el *Perechero*,

fué el bondadoso doctor Poey proporcionando á los demás hombres que le acompañaban *agradable ocupacion*, según él decía. Solamente Juan Perez Calafate, que era también de la partida, y un joven marinero denominado *Cazurro*, no sé si por mote ó apellido, decidieron no abandonar al sabio en su exploracion científica.

Seguido de ellos y del rollizo *Caguama*, que trompicando á menudo en los accidentes del suelo, marchaba detras de todos, iba el doctor avanzando lentamente por una anchurosa galería, cuyas paredes laterales, revestidas por largos intercolumnios de basaltos, reverbaban con fantásticas vislumbres y colores las luces de las hachas.

También las innumerables estalactitas, que pendían de la alta bóveda presentando las más extrañas apariencias, despedían brillantísimos reflejos, que iluminaban la caverna con misteriosa vaguedad.

El bueno de D. Francisco, que estaba encantado porque hablaban, entre sus acompañantes, que á la recolección de oro nativo y piedras preciosas preferían seguirle en sus exploraciones y trabajos, no desperdiciaba ocasión para dar á aquellos hombres empujados noticias acerca de cuanto despertaba su curiosidad.

Explicóles la constitución y el origen de las rocas, conglomerados y cristalizaciones, que tenían á la vista; disertó ampliamente sobre el singular organismo de algunos insectos y pequeños reptiles de que se apoderaron, y concluyó sobre todo, porque supuso que el tema agradaría á sus oyentes, en entrar en largas consideraciones respecto del oro virgen y sus propiedades.

Dijoles que este metal posee sobre los demás, como carácter distintivo, la condición de dúctil; ningún otro se presta como él á cubrir grandes superficies con una pequesísima cantidad; puede reducirse á laminitas casi impalpables.

Manifestó asimismo que, respecto á brillo metálico, ocupa el quinto lugar, porque el platino, el hierro, la plata y el mercurio son más brillantes que él; acerca de su peso ó densidad dijo que era el segundo después del platino, así como el primero en la tenacidad ó resistencia; como metal sonoro expuso que tenía delante de sí la plata, el cobre y el hierro, siendo más fundible que éste y el platino; y terminó su mineralógica disquisición diciendo:

— Pero el oro, mis buenos camaradas, nunca hace ya más de un siglo un puesto usurpado; un lugar que no le pertenece, pues el platino debe ser, por excelencia, el rey de los metales. Es el más denso; tanto, que un solo pie cúbico pesa 790 kilogramos; es el más brillante y en estado puro completamente infundible. Esta resistencia á la acción del fuego es una cualidad preciosísima, que con las otras le harán en breve objeto de la preferencia y la codicia del hombre. Si, más ó menos pronto, no lo dudéis, su majestad el platino ocupará el sitio del que le hacen merecedor sus especiales condiciones.

— Y ¿por qué, señor Poy — se atrevió á decir Juan Perez Calafate — habeis manifestado que solo desde hace un siglo tiene ese metal tanta... ¿vamos al decir! tanta presopopeya y ringorango?

— Porque desde esa fecha no más se le conoce. El platino existió ignorado de la humanidad hasta el año 1735 en que fué descubierto por el sabio español don Antonio de Ulloa, teniente general de la armada, socio correspondiente de la Academia de ciencias de París y de otras muchas sociedades extranjeras, que formaba parte de la expedición científica enviada al Perú por nuestro gobierno, para averiguar si realmente era la Tierra aludida en el Ecuador y aplastada en los polos como afirmaba Isaac Newton. Hasta dicha época, repito, no fué conocido del hombre tan precioso metal. Pero dejando esto aparte, amigos míos, voy á llevaros ahora á que admiréis lo más sin-

gular y sorprendente de estas cavernas; entonces os será permitido comprender la causa de los extraños ruidos, que resuman con pavorosos ecos por las anfractuosidades de las rocas. Venid, venid.

II.

El doctor, Juan Perez Calafate y *Cazurro* emprendieron la marcha á lo largo de la galería; seguíanles, cariacacontecido por tantas idas y venidas, el mulato *Chiguama* cargado con las estalactitas, estalagmitas, cristalizaciones, pedruscos y sabandijas que había recogido el doctor.

Tras quince minutos de camino por el accidentado suelo de la galería, sembrado hasta allí de guijarros, rocas y gigantescas concreciones, apercibieron los expedicionarios, á lo lejos, cierta claridad difusa....

— Ya estamos cerca — exclamó el sabio. — Apartad las lachas, porque en breve no las necesitarémos. Continuaron avanzando. La claridad se acentuaba por momentos; los ruidos eran cada vez más ensordecedores y espantosos. Así recorrerían cincuenta metros, cuando, de repente, al doblar un ángulo de la galería, que en aquel punto se bifurcaba, encontráronse bañados de luz. El doctor se detuvo entonces; sus acompañantes hicieron lo mismo.

A corta distancia de ellos velase como inundado el suelo de una masa líquida, luminosa, ligeramente azulada; de ella se levantaban blanquíssimos vapores. Su claridad algunas veces era tan deslumbradora que apenas podían soportarla los ojos; pero aquella luz no tenía los matices rojos y amarillentos de la llama común; su resplandor era blanquecino, azulado; aquel fuego, como dijo el doctor, daba luz, mas no quemaba.

El oleaje de resplandecientes llamas azules corría por el accidentado terreno é iba á sepultarse en anchas grietas del mismo, que conducirían quizás á abismos insaudables.

Aquel fuego era de la misma naturaleza de los que suelen brillar en los pantanos, en los cementerios y en todos aquellos parajes en que se aglomeran aguas corrompidas ó restos orgánicos en putrefacción.

— Avancemos, no tengáis cuidado — exclamaba el doctor; — repito que este fuego no quema.

Calafate y *Cazurro*, sin saber lo que se hacían, arremangáronse los pantalones.... El sabio rióse con toda su alma de aquella precaución. Poco después, á imitación suya, posaron los marineros sus plantas en aquel fuego de apariencia líquida. Estaban maravillados, andaban por en medio de él sin abrasarse.

Pero el ejemplo no estimuló á *Chiguama* á que le siguiera; todas las exhortaciones de su amo no consigieron decidirle á que le acompañara.

— No — decía para su abálgamen el mulato — prefiero ser comido á morir asado.

En medio de la deslumbradora claridad de aquella especie de fuegos fatuos, destacaban vigorosamente sus contornos las negras rocas y peñascos de que estaba erizado el terreno. Los vapores que se desprendían de las inofensivas llamas eran tan pesados;

como que apenas se elevaban á más de un metro de superficie.

— ¡ Ahí están ! — exclamó el sabio — ; ahí están los orificios, que con atronadora impetuosidad vomitan á borbotones ese fuego que corre pegado á la tierra!

Y así diciendo el doctor se detuvo apoyándose con

las manos en una roca; Juan Perez Calafate, atraído, fascinado por lo que veía, siguió caminando, mientras su camarada, mudo de asombro y de miedo, se dejaba caer sobre una piedra y se tapaba los ojos porque no podía sufrir en ellos la deslumbradora luz que los hería.



Juan Perez Calafate, atraído, fascinado por lo que veía, siguió caminando....

— ¡ No pases de ahí ! — dijo el doctor al carpintero al verle avanzar con tanta resolución sobre el inmenso foco de aquellos gases inflamados.

Se detuvo el marinero, y como si no hubiese tenido hasta entónces conciencia de lo que hacía, dió un grito y retrocedió espantado hasta donde se hallaba el señor Poey.

En un vasto círculo, cuyo diámetro excedería quizás de 200 metros y en una superficie perfectamente horizontal, que parecía constituida de sustancias porosas é inconsistentes, veíanse multitud de agujeros redondos; por ellos, con agudas y silbadores estallidos, salían innumerables burbujas de fuego, que uníanse despues al que fluctuaba como un mar encendido sobre la inmensa plataforma, de cuyos bordes

rebasaba inundando, permitiásemle decirlo así, los terrenos que estaban á más bajo nivel que ella.

— Estas — dijo el sabio — la tapadera que cubre, sin duda, el gran receptáculo ó depósito, en el cual se descomponen y disgregan enormes cantidades de sustancias y materias orgánicas. El país en que nos hallamos está cubierto de antiguos volcanes extinguidos; sin embargo, aun debe haber bastantes en actividad; el ballenero Van-der-Zaans certifica en su Memoria de la existencia de algunos. Quizás el sitio en que nos hallamos constituía en lejanas edades el vasto orificio de algun cráter....

— Y diga usted — interrumpió Juan Perez — ¿ esto es causa tambien del gran viento que silba y ruga á la entrada de la caverna ?

—No, amigo mío. Ese viento debe proceder de corrientes subterráneas, que no he descubierto aún....

III.

Dos días después, don Francisco Pöcy y sus compañeros de exploración volvían precipitadamente al campamento. La alarma y la inquietud más vivas se reflejaban en los semblantes de aquellos hombres.

El bueno del doctor, jadeante, sofocado, corría hacia el fuerte con tanta rapidez le permitían sus piernas. A consecuencia de un grave suceso, hablando ido á buscar; y apremiante debía ser la situación, cuando el sabio recorría á la carrera el trayecto que mediaba entre la gruta y el fuerte; distancia que, como antes dije, era más de un kilómetro.

¿Qué singular accidente, qué inusitada peripecia obligaba al doctor Pöcy á abandonar sus investigaciones científicas?

Cubierto de sudor llegó al campamento; su fatiga era tanta que ni aun podía articular frase alguna. Penetró en el fuerte seguido de *Borrasca*, y dirigióse acto continuo á las habitaciones que ocupaban don Félix y su esposa; al entrar en ellas; cuán triste espectáculo se presentó á sus ojos!

Hallaba al capitán Ballesta tendido en el lecho, desmayado, manchadas las ropas con la sangre que manaba de una ancha herida.... Delante de él, pálida temblorosa, con el hilo de la muerte en el alma, veíase á Clotilde.... La desgraciada joven, apenas divisó al sabio, cruzó sobre el pecho las convulsas manos, y en muda y suplicante súplica expresó con sus miradas todo un mundo de ternura, desconsuelo y esperanzas.

Apresuró el doctor á examinar el estado de su amigo; furtivas lágrimas corrían lentamente por sus suaves mejillas.

La herida de don Félix era grave; una bala cónica penetrando en la región cardíaca, á pocas líneas de la aurícula derecha del corazón, había atravesado todos los tejidos é implantádose cerca de la columna vertebral. La extracción del proyectil era de todo punto imposible.

Las miradas de los asistentes á aquella triste escena fijábanse en el semblante del doctor con viva ansiedad; y aunque el sabio, á pesar de su natural sensible, daba en tales casos á su fisonomía una imposibilidad extrema, no pudo dominar en aquel momento sus impresiones.

Su contraído entrecejo, su angustiada expresión, revelaban claramente el estado de su espíritu. Sin embargo, procuró dominarse en breve, é hizo salir de la habitación á cuantos marineros se encontraban en ella; solo permitió que le acompañase Clotilde, don Raimundo, el capitán del *Atgeiras* y el viejo Ambrosio.

CAPÍTULO XVII.

ESTADO DEL CAPITAN. — ÚLTIMOS MOMENTOS. — EL BOSQUECILLO DE ROBLES Y SICOMOROS. — PERSECUIDO POR SUS TERRORES.

I.

Borrasca, por cuyo cortido semblante rodaban

gruesos lágrimas, salió también del cuarto de don Félix y dirigióse paso entre paso al gran patio del fuerte; allí se vió rodeado de algunos marineros que le acosaban á preguntas acerca del estado del capitán.

—Todavía no se sabe nada.... — balbuceaba el contramaestre. — El doctor ha hecho salir á todo el mundo.... ¡Válgame San Telmo cien veces! ¡Ah! si yo hubiera tenido mi becarramenta cuando por segunda vez caímos la señora Clotilde y yo en manos del maldecido inglés; ¡San Telmo me valga! no hubiera sucedido este percance.

—¿Por qué nostramo? — prorumpió *Pocos-pelos*.

—¡Toma! porque hubiera pasado por ojo, esa era mi intencion, al sollastro del gibraltareño.

—Y ¿por qué no llevó nsté á cabo su idea?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿No os he contado cien veces que al saltar un barranco se me salió del bolsillo la navaja y metióse en una grieta?.... ¡Válgame San Telmo! Y á mi que no me digan.... de lo que pasa, ese inglés de *pega* tiene la culpa.... ¡pongo el pesamezo!

—Si, si — gritaron algunos marineros — es capaz de esa hechuria y de muchas otras.

—Tiene, lo mesmo que el tiburón, atravessa las entrañas — exclamó *Carga-juanetes*.

—¡Si yo le cogiera un día á sotavento!.... — repuso *Córceles* haciendo un gesto significativo.

Entre tanto, el doctor Pöcy, asistido de don Raimundo y del viejo Ambrosio, que tambalaba como un azogado, después de restañar la sangre y sondado la herida, aplicaba á ésta una compresa y encima un ancho vendaje.

Hecho esto, aplicóse el sabio á hacer recobrar el sentido al capitán. Algunas gotas de vino generoso que se le hizo tragar, ligeras fricciones dadas con ron en las sienes, y el agua fresca con que le rociaron el rostro, tornáronle al fin á la vida.... Apenas abrió los ojos, sus miradas pascáronse en torno suyo con cierta vaguedad.... pronto la memoria trajo á su mente el recuerdo de lo pasado, y entonces dolorosa y triste sonrisa vagó un instante por sus entreabiertos labios. Después fijó los ojos llenos de infinita dulzura en su esposa y oyósele decir con voz casi imperceptible:

—¡Pobre Clotilde mía!

Desolada la joven imprimió un apasionado beso en la pálida frente del capitán, y prorumpió en ahogados suspiros y sollozos que torturaban su espíritu.

—Hacedla salir, doctor — murmuró á su oído don Félix.

—Pensaba hacerlo — repuso el sabio en el mismo tono.

Cuando el capitán Ballesta se vió á solas con su amigo díjole, fijando en él intensa mirada:

—Hábladme con franqueza.... ¿Mi situación es desesperada?

(Se continuará.)

EL MERCADO DE BILBAO.

Bilbao, como la mayor parte de las poblaciones marítimas, se distingue por la elegancia de sus construcciones modernas, por el aire de bienestar que respiran sus calles rectas, limpias y desahogadas; por el movimiento, en fin, y el continuo tráfico del puerto que le presta vida y animación.

El mercado de Bilbao tiene lugar en la plaza que lleva este nombre, y comienza regularmente á las nueve de la mañana para terminar á la una de la tarde. Los vecinos pueblos de la costa por un lado, y los habitantes de los caseríos próximos por otro, lo surten con abundancia de pescado fresco, volatería, frutas y legumbres. Respetando un uso benéfico para los intereses de la villa, entre el comprador y el productor no se interpone el traficante, que en otras poblaciones, como Madrid, dobla el precio de las cosas al revenderlas. Nada puede concebirse, por lo tanto, más animado y pintoresco que el golpe de vista que ofrece el mercado de Bilbao, cuando bajan las aldeanas trayendo ésta un cesto de frutas, aquella un par de gallinas, la de más allá un brazado de legumbres, y van y vienen cruzando en todas direcciones por el ámbito de la plaza, donde se mezclan y confunden con las vendedoras de sardinas frescas que llegan, en las primeras horas del día, de Santurce, Portugalete y Algorta. Como una de las particularidades más notable, es que todo lo que se vende en el mercado lo venden mujeres, no se ven entre ellas más hombres que algun que otro aldeano, tipo perfecto del país, que con su boina de color y su imprescindible y disforme paraguas bajo el brazo, viene á acompañar á las muchachas desde el pintoresco caserío en que habitan. En el dibujo del señor Berquer, que más bien que el conjunto panorámico del mercado, ofrece una de las escenas, vemos, pues, multitud de tipos de jóvenes del país cuyo característico traje, y los paños blancos que se colocan sobre la cabeza para defenderse del sol, les dan cierto aire gracioso y sencillo, que recuerda el traje y el tocado de las napolitanas.

LAS CACERÍAS EN EL AFRICA ECUATORIAL.

(Continuación).

II.

Reunidas en el artículo anterior todas las noticias indispensables para que el lector pueda formarse una idea aproximada, ya que no exacta, de cuanto á ese terrible monstruo llamado *gorilla* concierne, vamos á seguir á Chaillu en sus correrías por el interior del África ecuatorial, empujado rudamente por el deseo de encontrarse cara á cara con ese monstruo, provocarle y vencerle.

Su amor propio de cazador y la ciencia debían ganar mucho en la realización de sus deseos.

En Agosto de 1860, se hallaba entre los mbonde-

nos haciendo los preparativos de marcha para trasladarse al país de los faas, en cuyo territorio, según le aseguraba el rey Mbene, abundaban los gorillas.

Chaillu salió de Mbene el 24 de Agosto, acompañado de Miengai y Maginda, hijos del rey Mbene, y de otro negro llamado Puliande. De la conducción del bagaje, que era bastante pesado, estaban encargadas seis robustas negras, que sirven en aquel país de acémilas.

Marchando al Noroeste, llegaron al río Neneday, y dejándolo atrás empezaron á trepar por unas escabrosidades que forman parte de las *Montañas de Cristal*.

Aquella cadena de alturas tiene una elevación de 600 pies y se termina en una meseta ó plataforma de una legua de extensión.

Al ascuapar aquel día tropezaron con una banda de mbondenos, dos de los cuales solicitaron formar parte de la expedición de Chaillu; llamábanse Ngolé y Yeava.

Tres días después llegaban al magnífico río Ntambony, que nace en la segunda cordillera de las montañas de Cristal, á una altura de 5.000 pies sobre el nivel del mar.

Chaillu no podía dominar su impaciencia: al salir de Mbene le habían asegurado que los negros que no pasaba mucho tiempo sin ver y oír al *nguyua*; y sin embargo, los días se iban unos en pos de otros sin que el *nguyua* se dejase ver y oír.

Al cabo de una semana llegaron á las ruinas de una aldea abandonada, y nuestro viajero tuvo el capricho de examinarlas. Calles y patios desaparecieron bajo un plátano espontáneo de cañas dulces silvestres, una de las plantas que más abundan en aquellas comarcas.

Chaillu observó que en algunos sitios había grandes cantidades de caña arrancadas de raíz, tendidas ó rotas, y no sabiendo á qué atribuir aquel destrozo, quiso preguntarlo á sus negros.

Mas ¡cuál fué su sorpresa, cuando al volverse para interrogarlos, notó que todos ellos estaban dominados por una gran turbación!

Aquellas cañas dulces arrancadas, rotas ó pisoteadas eran un indicio de la proximidad del gorilla.

Las palabras *nguyua* y *ujina* (gorilla), circulaban de boca en boca.

Siguiendo aquel rastro, tardaron muy poco en encontrar las pisadas de la fiera. Es muy difícil explicar lo que Chaillu sintió al verlo por primera vez. ¡Al fin iba á encontrarse con ese monstruo, cuya ferocidad, fuerza y astucia, aterra á los indígenas!

Las huellas que vieron indicaban que no se trataba de un solo gorilla, sino de toda una familia.

Las pobres negras estaban aterradas, y dando alaridos de terror se negaban á seguir á los hombres que habían resuelto perseguir á los gorillas, y á quedarse solas.

Chaillu, dejó dos negros armados, para que las defendiesen en caso de necesidad, y él marchó con los restantes, dividiéndose en dos grupos: el uno lo formaban Miengai, Maginda y Ngolé; el otro, Chaillu y Yetava,

Empezó la batalla.

Hacia años que Chaillu oía hablar del tremendo rugido del gorilla, de su fuerza prodigiosa y de su gran valor cuando recibe una herida; sabía que iban á háberse las con una fiera más temible que el leopardo; sabía que el gorilla macho y el león de crines del Atlas son los dos animales más feroces y más poderosos de todo el continente; y en su ardor, exaltado por la proximidad del peligro, sospechaba si el león, que jamás se deja ver en aquellas comarcas, habría sido arrojado de ellas por el indómito y poderoso gorilla.

Al pié de la montaña y alrededor de inmensos peñascos, vieron más profundamente marcadas las huellas de los gorillas: éstas debían ser cinco.

Los negros indicaron que los gorillas debían encontrarse al lado opuesto, y ambas bandas, ya reunidas, siguieron andando á derecha e izquierda de las rocas, tomando mil precauciones y montados los fusiles para hacer fuego si las circunstancias lo exigían.

Hay que advertir que los cazadores, más bien que marchar, lo que hacían era desliziarse por entre espesísimos matorrales tan altos como ellos. Maginda había acertado: los gorillas estaban al otro lado de las rocas; pero habían oído el ruido que hacían los cazadores y acochaban la dirección que éstos seguían.

De pronto oyó Chaillu un grito, un alarido extraño, discordante, casi humano y casi diabólico, y vió cuatro gorillas pequeños que huían por entre las zarzas y los árboles.

Los negros hicieron fuego, pero inútilmente: Chaillu, que era excelente tirador, sorprendido y conmovido por aquel grito y por el aspecto de los fugitivos gorillas, se había quedado sin acción por nada.

Después ha declarado que al ver á los gorillas por primera vez, sintió la emoción que debe apoderarse del corazón del hombre que va á cometer un asesinato, pues el gorilla, con su cabeza erguida y su cuerpo inclinado adelante, visto de lejos, tiene una aterradora semejanza con el hombre. Hay más; el grito que lanza, aunque salvaje y bestial, tiene, sin embargo, algo que recuerda la voz humana.

Hallábanse ya en territorio feroz; el país era quebrado, montuoso y la vegetación tan abundante y apretada, que la caza, de un placer, se convertía en una fatiga; pero la vista de las pisadas de los gorillas les infundía nuevo ardor.

Hacia mucho tiempo que caminaban á la ventura, cuando de pronto Miegui dió con la lengua un pequeño chasquido, que es la señal usada por los negros para llamar la atención sobre alguna cosa imprevista.

Descubriéronse y escucharon atentamente; Chaillu, en efecto, oyó un ruido muy semejante al que haría un hombre sepado en partir cañas. Mas no comprendió cuál podría ser su origen.

Sin embargo, al notar la animación del semblante de sus compañeros comprendió; era un gorilla!

Después de examinar sus fusiles siguieron avanzando cautelosamente y en el mayor silencio; cada cual sabía que iba á jugarse la vida.

Al poco tiempo creyeron ver que á cierta distancia

se movían y agitaban violentamente las cañas dulces y los arbustos, que el terrible monstruo suele arrancar para que le sirvan de alimento.

Chaillu, imitando á sus compañeros, continuó avanzando á rastras, semejantes á otras tantas culiebras.

Reinaba un silencio de muerte, interrumpido únicamente por el crujido de las cañas que rompía la fiera.

De pronto, en medio de aquel mortal silencio, resonó, ó por mejor decir, estalló como una tempestad el terrible grito del gorilla, repetido por los lejanos y medrosos ecos de las montañas.

El corazón de Chaillu latió apresuradamente; mas casi al mismo tiempo agitose con violencia el material, y abriéndose, dió paso á la fiera que avanzaba andando á cuatro piés. Mas al ver á los cazadores, se puso vivamente de pié y quedó inmóvil, contemplando osadamente á Chaillu y á los negros que se agrupaban á su espalda.

Era un gorilla macho de las mayores dimensiones.

Entre él y Chaillu mediaba un espacio de quince piés.

La situación era de las más graves; el hombre, inmóvil y con la mirada fija en el monstruo, se preparaba á hacer fuego en el momento crítico.

Aquel gorilla debía medir seis piés de estatura; tenía un cuerpo inmenso, un pecho monstruo y unos brazos imponentísimos.

Sus ojos, hundidos y brillantes, iluminaban, por decirlo así, un semblante diabólico.

Sus uñas manos golpeaban furiosamente su pecho produciendo un sonido muy semejante al del tambor.

Tal se apareció por primera vez el tremendo gorilla á los ojos del asombrado Chaillu.

La inmovilidad de los cazadores irritaba más y más á la fiera: su mirada era cada vez más amenazadora; sus golpes en el pecho más fuertes y repetidos.

El gorilla abrió su enorme boca y lanzó su tremendo, su imponderable rugido, que empezando por una especie de ladrido breve y desigual, se trunca en una explosión de notas graves que aturden y producen, oídas de lejos, el efecto de un trueno.

El aspecto de la fiera recordó á Chaillu esas creaciones fantásticas, esos seres híbridos, mitad hombre, mitad bestia, con que la imaginación de los antiguos pintores ha poblado las regiones infernales.

El monstruo dió algunos pasos, se detuvo y repitió, más fuerte y tremendo aún, su espantoso rugido.

Pero ni Chaillu ni sus negros daban señales de vida, convencidos de que ante aquel enemigo que avanzaba lento, pero amenazador, era preciso asegurar el tiro, era forzoso matar instantáneamente para no ser muertos.

El gorilla avanzó aún más, y cuando se detuvo para repetir su alarido, sólo distaba nueve pasos de Chaillu. Ya era tiempo de obrar.

Á aquella distancia, si la fiera, cansada de provocar al enemigo y de avanzar lentamente, se precipitaba de pronto sobre el grupo, la muerte de alguno de los cazadores era inevitable.

Así, pues, en el momento en que por tercera vez



EL MERCADO DE BILBAO.

se llenaba el bosque con las estridentes notas de su rugido; bajáronse todos los fusiles, sonó una descarga y el monstruo cayó de cara contra el suelo.

Chaillo se aproximó a la fiera, poseído de cierto terror indescriptible: el gorilla respiraba aún; oíase el estertor que participaba del de la criatura humana y del de la fiera.

Su cuerpo se agitó convulsivamente durante un minuto; sus brazos se movieron adelante cual si tratase de asir alguna cosa; luego, con una especie de salto a plomo, se quedó rígido é inmóvil.

Era la obra de la muerte.

Desde los pies á la cabeza media cinco piés y ocho pulgadas; abiertos los brazos, de mano á mano, había una distancia de más de siete piés.

Chaillo se alejó de aquel sitio, pues al ver que los negros iban á devorar la carne del gorilla, creyó hallarse en presencia de una banda de caníbales.

Cuanto más contemplaba el cadáver, más le parecía haber dado muerte á una criatura humana, aunque deforme, horrible, inmensa.

Aquella noche acamparon en las inmediaciones, y sentados al rededor del fuego, interin que las mujeres cocían unas bananas y usaban una gacela para la cena, solo se habló de gorillas y de las ideas que en aquel país tienen acerca del *hombre de los bosques*.

El gorilla es mirado con superstitioso prestigio por algunos pueblos de aquella parte del África; los comis, por ejemplo, que viven en Gumbi, aldea distante 90 millas de la embocadura del río Nambo, consideran que el mejor medio para desahogar la colera de este monstruo, si inopinadamente se tropieza con él, consiste en dejar la lanza en el suelo. Cuando el gorilla observa esta prueba de sumisión se muestra satisfecho, da un grito y desaparece en la espesura, alejándose lentamente.

Uno de los negros que acompañaban á Chaillo refirió que un cazador del pueblo de los ashiras, que se había establecido en Gumbi, entre los comis, huyó de la aldea á causa de una violenta querrela que tuvo con otro negro.

Los comis le vieron dirigirse al bosque; pero ni regresó á la tribu de los ashiras, ni en mucho tiempo tuvieron noticias de su paradero.

Bastantes meses después pasaba por el bosque el comis, con quien riñera, cuando de pronto se encontró manos á boca con un monstruoso gorilla. El comis era valiente, y en lugar de arrojar su lanza al suelo, amenazó al animal con ella; pero el gorilla, sin impacientarse, le arrancó el arma de las manos, y asiendo por ambos extremos la dobló y rompió.

El comis, viéndose desarmado y á merced de su mortal enemigo, trató de huir, pero el gorilla extendió uno de sus largos y formidables brazos, le asió por el cogote, y manejándolo con igual facilidad que si se tratase de un monigote, se lo aproximó á la boca, y de un mordisco le arrancó el mollete del brazo derecho.

El desdichado negro dió un grito, más que de dolor, de sorpresa: acababa de reconocer en el terrible gorilla á su enemigo, al ashira, que todos creían muerto.

El negro terminó su narración de esta manera:

— El pícaro ashira se había convertido en gorilla para vengarse del comis.

El pueblo comis, sin embargo, persigue frecuentemente al gorilla, porque abriga la convicción de que el mejor idolo, el más eficaz preservativo contra toda clase de peligros consiste en llevar pendientes del cuello, secos y encerrados en una bolsita, los sesos de un gorilla.

Así lo dice una de sus canciones populares, cuyo estribillo es este:

«¡Si! ¡Si! Eso (los sesos del gorilla) da un corazón á toda prueba.»

Otro negro que residiera algún tiempo en las inmediaciones de la aldea de Obindji, una de las poblaciones de los ashiras, refirió la siguiente historia:

— «Cierta noche pasábase tranquilamente un gorilla por el bosque. De pronto oye una especie de resoplido: deténese, mira, y ve que se halla al lado de un magnífico leopardo.

«Este, que al parecer estaba acosado del hambre, se recogió sobre sus jarretes de acero para precipitarse sobre el gorilla y degollarle de una buena dentellada, que es lo que suele hacer con el bucy salvaje de aquellas comarcas.

«El gorilla, que debía ser de los más hemáticos é inalterables de su especie, extendió su tremendo brazo, atrapó al leopardo al vuelo por la cola y empezó á hacerle girar sobre su cabeza, con tal violencia, que el cuerpo, desprendiéndose de la citada cola, fué á rodar á muchos pasos de distancia.

«El pobre leopardo, cubizbajo, avergonzado, y á un diríamos, con el rabo entre piernas, si no constase que el tal apéndice había quedado á los piés del gorilla; el pobre leopardo, decimos, marchó á reunirse con sus compañeros y colegas:

«—¿Qué ha sucedido?— le preguntaron estos al verle llegar tan mal parado.

«El leopardo les refirió el lance, no sin dirigir algunas miradas de envidia á las inquietas colas de sus camaradas.»

«El orador negro hizo una breve pausa y continuó la relación en estos á pavoridos términos:

«Indignado el jefe de los leopardos con el desacato cometido por el gorilla, dió un grito tan violento, tan fuerte y tan prolongado, que cuantos leopardos poblaban el bosque y patrullaban por él aprovechando las sombras de la noche, acudieron apresuradamente, y á un alarmados.

«Reunidos todos y hecha pública la injuria recibida por uno de sus hermanos, juraron venganza y se pusieron en marcha contra el enemigo común.

«Poco tiempo después se encontraron en presencia del gorilla; pero éste, adviniendo que venían en son de guerra, púsose de pie, óramó un árbol, y empezó á hacer con él tan tremendo molinete, que intimidados los leopardos, no osaron acercársele, á pesar de que le habían rodeado.

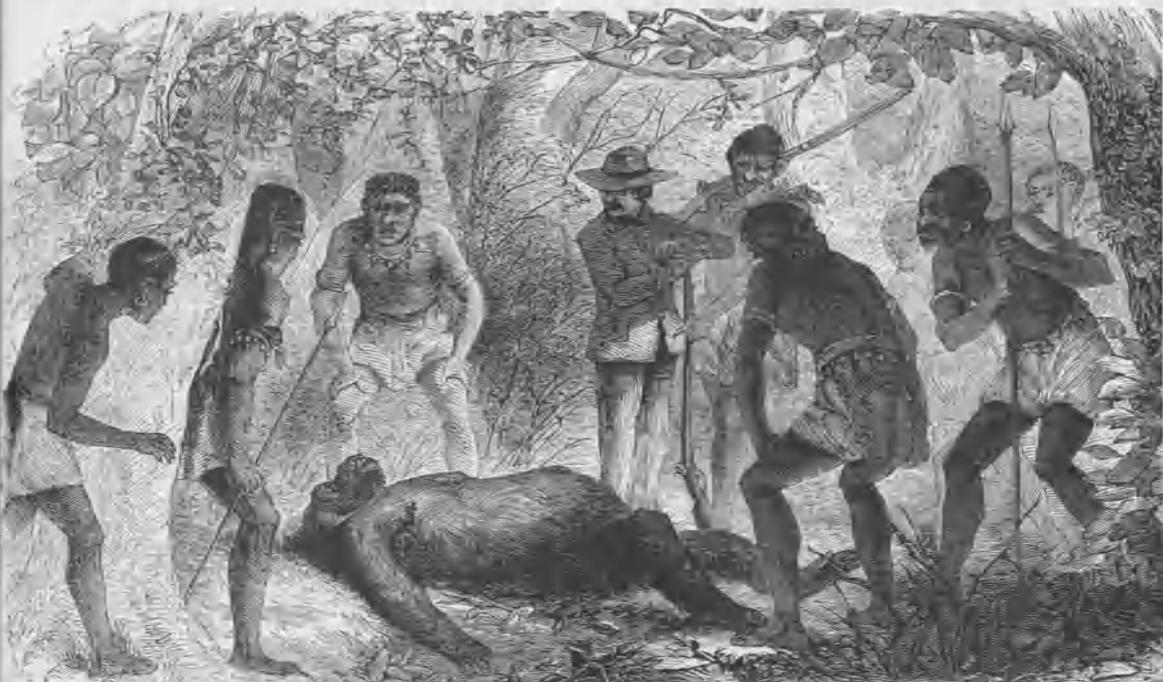
«El leopardo es hecho astuto al par que valeroso. Recostáronse, pues, y dejaron que el gorilla continuase haciendo el molinete; mas cuando le vieron fatigado y sin fuerzas, cuando notaron que el árbol con que se

había arrojado se le caía de las manos, á un guiño de un jefe saltaron todos sobre el enemigo y lo ahogaron.»

Los demás negros escuchaban estos relatos con la boca abierta, y aplaudían con una candidez y un júbilo indecible cada rasgo notable.

El 7 de Junio de 1859 salió Chaillu de Olano para una gran cacería de gacelas y gorilas, llevando consigo doce negros, divididos en dos bandos, figurando entre ellos Gumbo, hijo del rey Igumba.

Seis negros marcharon directamente en busca de las gacelas; Chaillu, Gumbo y los demás, penetraron



Muerte de un gorilla.

en la más espeso del bosque, noticiosos de que en él se abrigaba un gorilla macho, uno de esos animales solitarios más tremendos y más terribles que en ningún otro caso.

Segun costumbre, dividiéronse en grupos para batir mejor el bosque; Chaillu y Gumbo se quedaron solos.

Hacia poco más de una hora que duraba la batida, sin que les hubiese ocurrido el menor incidente, cuando de pronto desgarró el aire el tremendo rugido del gorilla seguido inmediatamente de una detonación.

— ¡Gorilla! — exclamó Gumbo.

— ¡Corramos! — dijo Chaillu, dirigiéndose al sitio de donde partiera el rugido de la fiera.

Pero no habían andado veinte pasos cuando se detuvieron y se miraron, palideciendo uno y otro.

Acababan de oír un nuevo alarido, sólo que esta vez era un grito humano, un gemido indescriptible de dolor y de agonía.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

(Se continuará.)

EL INFIERNO DEL AMOR.

LEYENDA FANTÁSTICA (1).

X.

— ¡Alma, vida y amor del alma mía! —

Exclamó Ataíde, los lucientes ojos

Destallando una edélica alegría;

Y Leila, trasportada, enloquecida,

Trémulos de pasión los labios rojos.

No era ya la dulcísima apenada

Que el alma ansiosa, el corazón ardiente

Del dolor, en las sombras anegada

De una pena indecible é ignorada

Suecumbía al durísimo tormento.

El asombro, el delirio, la barrosura

De su alma virgen, para amar nacida,

Se exhalaban en ansia de ternura,

(1) Los siguientes versos están extractados de la preciosa leyenda fantástica, de D. Manuel Fernández y González, *El Infierno del amor*, editada en el Ateneo de Madrid; Compone un tomo en 8.º de 112 páginas, el cual se halla en venta en las principales librerías, al precio de una peseta.

En explosión inmensa de ventura,
De amor supremo, de esplendente vida.

¡Él! ¡era él! ¡su encanto, su consuelo,
Su abrasada ambición, su sér divino,
La sombra misteriosa de un anhelo
Que de improviso desgarraba el velo
Que envolvía su amor y su destino!

Era su propio sér. — Ardiente, loca,
Traspuesta é incitante la mirada,
Mostraba en la entresabieta y dulce boca
Cuanto el beso castísimo provoca,
Desposorio del alma enamorada.

Sobresaltado, de delicias lleno,
Á la presión de los amantes brazos,
Á la desdicha y al temor ajeno,
Su corazón del palpitante seno
Pugnaba por saltar roto en pedazos.

La rica, la opulenta pedrera
Que su garganta deliciosa ornaba
Y que la luna con envidia hería,
Con ménos esplendor resplandecía
Que el que en sus negros ojos fulguraba.

Y luego, ansiosa, loca, delirante,
Con acento infinito de dulzura,
Seductora, vívilica, anhelante,
Así exclamó exhalando la fragante
Deliciosa pasión de su alma pura:

— ¡Oh ensueño encantador del ansia mía!
¿Fe de mi vida, hasta tenerte amargo!
¿Por qué triste en tus ojos la agonía
Aun causa espanto á la ventura mía,
Por qué áun la pena del temor te embarga?
¿Temes que pobre, y yo de altiva cuna,
Imposible y mortal nuestro amor sea?
Cuando Dios de dos almas hizo una,
Ni el humano poder ni la fortuna
Pueden romper lo que el Eterno crea.

Mayor ventura á nuestro amor no pidas;
¿No ves que Allah, en sus juicios misterioso,
Para siempre ha eulazado nuestras vidas,
Lanzando entre venturas bendecidas
Á la esposa en los brazos del esposo? —

Y Leila su palabra entrecortaba,
Y estremecida de placer gemía,
Y hambrienta la belleza contemplaba
De Ataide, que en sus brazos la estrechaba
Y de ansiedad y amor desfallecía.

— ¡Sígueme! — Ataide al fin con voz madrosa
Y trémula exclamó; — de la montaña
Es el seno selvático, gozosa,
Correrá nuestra vida venturosa
Bajo el techo de paz de la cabaña.

Por ti en los manantiales mi balbista
La caza matará, rica en sabores;
Espléndida en matices la floresta
Por Dios bordada y al placer dispuesta,
Cuando la pises tú, brotará flores.

Fresca sombra, sonora y perfumada,
El ardor mitigando del estío,
Te ofrecerá del huerto la enramada
Blando lecho la grama regalada,
Límpido baño el manantente río.

Sus auras la galana primavera
Perfumará en la magia de tu encanto
Difundiendo en el monte y la ladera
En lánguida cadencia y hechicera
El suspiro ardoroso de tu canto.

Y en las veladas del invierno frío,
En el hogar, aleizar del contento,
Zumbando fuera el huracán bravío,
Yo gozaré tu amor, tú el amor mío,
Junto á la alegre llama del sarmiento.

¡Oh, vén conmigo, vén, luz de mi vida,
Alma de fuego para amar creada
Y áun en el mismo infierno bendecida!
¡Ah, no mates, por Dios, mi alma querida,
El alma triste á amarte consagrada!

Deja ese mundo vano y mentiroso
Correr tras la ambición que engendra el crimen,
Ese mundo de lágrimas ansioso,
Que no sabe sér grande y venturoso
Sin gozar el dolor de los que gimen.

¡Sígueme, vén, pues que el Señor, clemente,
En el fuego de amor unírnos toro,
Y el arduo monte, el majidor torrente,
El dulce valle y la sonora fuente
Serán nuestro encantado paraíso. —

Y anhelante cayó. — La contemplaba
Muriendo de ansiedad, y cual tesoro
Que de su amante corazón brotaba
Sangre del alma, largo resbalaba
Por sus mejillas pálidas el lloro.

— ¡Oh adorado señor! — enloquecida
Leila exclamó, resplandeciente en fuego: —
Humilde, á tu mandato sometida,
Sin otro bien que tú para mí vida
¿Cómo negarme á tu anhelante ruego?

¡Mira, atiende, señor! tan tuya soy,
Tal te idolatra el pensamiento loco,
Á tu merced tan entregada estoy,
Que del amor que á tu delirio doy
Para decir lo inmenso todo es poco.

Pero ¿por qué me pides que envelezca
Del noble viejo las altivas canas,
Que su terrible maldición enfezeca,
Si para que tu raza se ennoblezca
Tienes allí las huestes castellanas? —

Y Leila, altiva, grande, destellando
El inclito esplendor de su linaje,
El brazo ebúrneo á Leja amenazando,
Así inspirada prosiguió exclamando,
Resplandeciente de valor salvaje:

— ¡De mi amor, de tu fe, todo lo espera!
¿No ves el monte oscuro allá perdido
Que guarda de Granada la frontera?
¡Bravo por mí levanta una bandera,
Vuélve á buscar mi amor ennoblecido! —

Se irguió Ataide magnífico, esplendente,
De amor y de bravura transportado,
Y tendiendo su brazo al Occidente,
Así exclamó en acento prepotente
Por Leila y por la gloria arrebatado:

— ¡Infantes de Castilla jactanciosos,
Rey Adfón el rummy, que el fuerte muro

Avechais de Granada pantelosos,
Al logro de mis sueños venturosos
Iré por vuestra sangre, yo os lo juro!
— ¡ Toma de mis alhajas el tesoro —
Leila le interrumpió: — gente esforzada
A suelo tomas, derramando el oro;
Haz que brille en la lid el nombre mero,
Corre la tierra infiel en algarida!

— ¡ Tus joyas no, porque en el logro lies —
Exclamó Afaide — de mi noble empresa,
Me bastan de la sierra los montes,
Ferozes cual los fuertes jabaltes
Que se abren paso entre la jara espesa!

— ¡ Los montes! ¡ fatidicos agieros! —
Dijo Leila: — ¿ qué empresa cualificada
Se puede acometer con bandoleros?

— Ellos — exclamó Afaide — saben ferros
Causar la muerte y despreciar la vida.

Ganarán el perdón de su delito
Por Dios y el rey triunfando en la pelea.
— ¡ Dios sólo es vencedor! ¡ estaba escrito! —

Leila exclamó. — ¡ Señor de lo infinito,
Tu santa voluntad cumplida sea! —

Y alzó los ojos, desolada, al cielo,
Como buscando amparo en el altura;
Cual si un horrible apenador recelo
De su amor y su encanto tras el velo
La hiciese presentir la desventura.

De improviso sus ojos irradiaron
Un rápido fulgor vago y sombrío,
Atentos al Oriente se tornaron,
Y trémulos sus labios exclamaron,
Con acento á la par triste y bravo:

— ¡ Ah! ¡ en mi busca se acercan! ¡ huye! ¡ véte!

¿ No escuchas el rumor vago y perdido
Que crece, que se acerca, que arremeta,
De la rápida carrera de un jinete
Y de feroces perros el ladrido?

Es mi padre sin duda: ¡ si te hallara!
¡ Oh, tú no sabes su altívez cuán fiera!
¡ De la espesura próxima te ampara!
¡ Ten compasión de mí, que me matara
Si una sombra de duda concibiera!

— ¿ Y no he de verte?

— Si.

— ¿ Cuando?

— En la hora

Del silencio y del sueño: ¡ huye, bien niño!

— ¿ Y dónde te he de hallar?

— En la Almanzora:

Yo en la reja estaré: ¡ sálvate ahora!
¡ Librame del terror que siento ímpio! —

Y de nuevo en abrazo tembloroso
Sus agitados senos se juntaron,

Y en un beso infinito, silencioso,
La amante esposa, el delicado esposo,
De nuevo el pacto de su amor sellaron.

Y ella le rechazó, que ya el estruendo

Más cerca y más distinto se sentía;

Y él, apenado, de dolor gimiendo,

Rápido se alejó, desapareciendo

Por el lóbrego seno de la umbria.

Y olvidó su cervato, su ballesta,
Y su roto caftan de sangre rojo,
Y Leila, ansiosa, de terror traspuesta,
— ¡ Que él se salve! — exclamó — ¡ yo estoy dispuest a
¡ Sálvame tú, Señor, que á ti me acójete!

ADAM MICKIEWICZ.

Entre los muchos emigrados polacos que han hallado en Francia una generosa hospitalidad, ha habido uno cuyo nombre no se borrará jamás de la memoria de sus compatriotas, porque con sus escritos ha contribuido acaso más que nadie á sostener vivo el entusiasmo por su patria y el deseo de verla libre é independiente. Este hombre era Adam Mickiewicz; víctima ya en sus primeros años de las persecuciones del Gobierno ruso, había vivido en los calabozos y en el destierro antes de ir á pedir un asilo á la Francia, y sólo un verdadero prodigio es lo que puede haberle librado del cautiverio que sufría en Rusia, y en el cual han muerto muchos de sus compañeros. Creemos que nuestros lectores verán con gusto la siguiente reseña biográfica, no sólo porque se refiere á un hombre perteneciente á un país que siempre excita tan justo interés, sino porque no considerando en él más que su mérito literario, Adam Mickiewicz puede ponerse al lado de los mejores poetas modernos de cualquiera nación de Europa.

Adam Mickiewicz nació en Nowogrodek, en la Lituania, en el año 1798; aunque hijo de padres pobres, recibió su primera educación en el Gimnasio de Minsk, donde se aplicó tanto, que ya á la edad de diez y siete años pudo entrar en la Universidad de Wilna, que se hallaba entónces en su mayor apogeo. Allí estudió Filología, adquirió grandes conocimientos en la Historia, en la Literatura general, en los idiomas modernos y en las ciencias naturales, principalmente en la Física y la Química.

Su talento poético se despertó con el amor que le inspiró la hermana de uno de sus amigos de Wilna.

Cuando ésta tuvo que casarse con otro porque la diferencia de posición separaba á los dos amantes, Mickiewicz expresó su sentimiento y su desgracia en una composición poética titulada *Diady* (la pompa fúnebre), en la cual manifestó plenamente su talento poético. Á la edad de veinte años era maestro de lengua Latina en el Gimnasio de Kowono. La primera colección de sus poesías líricas con el poema épico titulado *Grazyna*, apareció en Wilna en 1822.

En 1823, á consecuencia de una delación hecha al Gobierno ruso, Mickiewicz fué encarecelado, aunque en realidad faltáran pruebas de que había tomado parte en la conjuración formada con el objeto de libertar á la Polonia del yugo del Czar; á su estancia en los calabozos de Wilna se debe su oda á la juventud, que es una de las composiciones más notables en su género. De Wilna fué trasladado á Moscon y poco despues á San Petersburgo, donde tuvo que sostener una lucha para librarse de los halagos de la

aristocracia moscovita, que más bien por cálculo que por verdadera afición trataba de ganarle á su partido. En esta época terrible fué cuando escribió su célebre poema titulado *Conrado de Wallenrod*, poema vengador que debía hacer en Polonia el mismo efecto que un globo de compresión y cuya acción no ha terminado aún. En este poema, la relación del

vaidelote es una alusión patriótica, un llamamiento á las armas; el poeta expresa sus propios sentimientos con respecto á la Rusia en el odio implacable y en la venganza que el jóven Walther habia jurado á la Orden Teutónica. Cuando se publicó este poema la gloria de Mickiewicz llegó á su colmo; el Czar mismo le hizo felicitar; poco despues obtuvo permiso para

ANTAÑO.



Dos mozos de provecho,
Hablando de cuestiones de Derecho.

pasar al extranjero, y para hacer un viaje á Italia con el objeto de restablecer su salud.

¿De qué medio se sirvió para lograr que los enemigos del nombre polaco aceptáran este poema como cosa inofensiva?

Hé aquí un misterio difícil de explicar; mas como quiera que sea, Mickiewicz pudo al fin atravesar la misma frontera que algun tiempo ántes habia pasado como un criminal. Entónces empezó para él esa larga peregrinación, que si no es cautiverio, es por lo ménos una serie penosa de amarguras, de tristezas y de desengaños. Durante algunos años viajó por Alema-

nia, Suiza, Francia é Italia; en uno de esos viajes conoció á Goethe. Cuando en 1831 estalló la revolución polaca, se encontraba en Roma; al año siguiente fué á Dresde, y en 1832 se estableció en París, donde publicó sus *Actas de la nación polaca y de los peregrinos polacos*; ese libro, que dió á M. de Laménais la idea de sus *Palabras de un creyente*, segun él mismo ha confesado en sus *Asuntos de Roma*. En esta obra, Mickiewicz, libre ya de toda traba, manifiesta abiertamente su odio al Czar, al que trata como de potencia á potencia, porque si el Czar tiene de su parte la fuerza y la violencia, Mickiewicz tiene el

genio y la libertad. Mickiewicz llora las desgracias de su patria y echa en cara á las demás naciones su indiferencia y su cobardía; las pinta dominadas por su egoísmo y rehusando ir á socorrer á la Polonia desgarrada hasta que las bayonetas rusas *han restablecido el orden en Varsovia*. Este libro hubiera bastado por sí solo para hacer su nombre inmortal; mas,

sín embargo, hay una obra de un estilo distinto y que ha sido la que principalmente ha dado á su autor la justa fama que conservará siempre su nombre; hablamos de su drama titulado *Los Abuelos*. Este drama sangriento y misterioso se ha representado una sola vez en Wilna por un verdugo condecorado con el nombre de senador ruso, y por un puñado de estu-

OGAÑO.



Sabios que el mejor día
Llegarán á saber Filosofía.

diantes que han ido á morir en la Siberia ó en la emigración.

Los detalles referidos en este drama terrible no han sido inventados por Mickiewicz; todos ellos son ciertos, tan ciertos como la Historia misma.

¿Qué ficción podría igualarse al sublime horror de todos estos cuadros, de estas escenas de martirio que recuerdan los tiempos primitivos del cristianismo?

Para sobrepujar á lo patético del Dante ó á lo grandioso de Milton, Mickiewicz no tenía que hacer más que reproducir fielmente lo que veía pasar todos los días en derredor suyo cuando la Polonia entera esta-

ba torturada por el senador Novosilzoff y sus secuaces. La idea dominante de este drama es la del bien de la patria; si en una de las escenas que resume todo el pensamiento de la obra, Gustavo ó Conrado, que no es sino el mismo Mickiewicz, pide á la divinidad el poder supremo, es para dotar á su país de una dicha infinita de la que el mundo no le ofrece ideal ninguno. Estas son sus palabras:

«; Pero mi amor en el mundo no reposa sobre un sér, como el insecto sobre una rosa; no está tampoco limitado á una familia ni á un siglo! ; Yo amo á una nación entera! ; He abarcado en mis brazos todas sus



ADAM MICKIEWICZ.

generaciones, pasadas y venideras, las he estrechado aquí, contra mi corazón, como un amigo, como un amante, como un esposo, como un padre! ; Quiero dar á mi patria la vida y la felicidad, quiero hacer de ella la admiración del mundo! »

Desde 1840 hasta 1843, Mickiewicz ocupó la cátedra de Literatura y lengua slava, creada para él en el Colegio de Francia; mas al tercer año de ocuparla, cayó en el lazo que le habían tendido sus enemigos y adoptó la idea llamada del Mesianismo, colocándose como mediador entre la Polonia y la Rusia. Es inútil decir el mal efecto que produjo en sus compatriotas este cambio operado en las ideas del poeta, cambio que rebajaba su mérito para colocarle como afiliado á una secta ridicula que tenía por objeto la realización de una idea que los patriotas polacos juzgaban imposible. Á consecuencia de esto, el Gobierno francés espulsó de Francia á Andras Towianki, que era el principal de los que sostenían el Mesianismo, y suprimió la cátedra que había creado para Mickiewicz. Éste fué nombrado bibliotecario del Arsenal de París, puesto vacante por la muerte de Carlos Nodier; en 1848, cuando estalló la revolución francesa, fué durante algunos meses á Italia para propagar allí la idea de la formación de legiones polacas. Á su regreso á París fué muy bien recibido por Napoleón III, que le estimaba mucho.

En los últimos años de su vida, Mickiewicz abandonó la idea del Mesianismo, que en él no podía ser más que pasajera, y volvió á ser lo que había sido toda su vida: un patriota ardiente.

La vida de Mickiewicz ha sido, por decirlo así, una

cadena de dolores continuos. En 1854 perdió á su mujer, á la que amaba con delirio; en esta ocasión permaneció tres días y tres noches al lado del cadáver, esperando que la muerte viniera también á llevarle á él; desde entonces no volvió á tener ni un momento de alegría. Poco despues de esto fué con el joven príncipe Ladislao Czartorysky á Constantinopla, para activar allí la formación de legiones polacas que hubian de combatir contra la Rusia en la Crimea; pero á los pocos días de su llegada, el 26 de Noviembre de 1855, Mickiewicz murió á consecuencia de una violenta discusión con otros emigrados. La casualidad hizo que fuera á morir á la casa del mismo hombre á cuyo lado había pasado los años más bellos de su juventud. Este hombre es el relojero Giegler, de Cracovia, que había ido á establecerse á la capital del Imperio turco.

M.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

Icaro tendió sus alas y en medio del mar cayó.

SUMARIO.

GRABADOS.—El mercado de Bilbao.—Muerte de un gorila.—Atado y agado.—Adam Mickiewicz.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Secreto del oro, Luis Boussenard.—Sin familia Hector Mahot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—El mercado de Bilbao.—Las cárceles en el Africa ecuatorial, por Felipe Carrasco de Molina.—El infierno del amor, leyenda, por Manuel Fernandez y Gonzalez.—Adam Mickiewicz.—Solucion al jeroglífico.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra, IMPRESORES DE LA REAL CASA.